



EPOCA 3.^a—AÑO IX.—TOMO VII

NUMERO 7.—Madrid 5 de Marzo de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 ½ ps.
Un año.....	4 "

DIRECTOR
DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN
FELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 ½ ps.
Un año.....	6 "

SUMARIO

TEXTO.—Revista, por Nulema.—Crónica, por D. D. Isern.—El baile de Piñata, por Blas.—Los grabados.—San Leandro, Obispo de Sevilla, por D. Francisco Navarro Villoslada.—La capilla de los Corcorales, por D. Vicente de la Fuente.—Los Montgolfier, por G. de la Landelle (conclusión).—La rama de coral, novela histórica de Enrique de Cauvain (continuación).—Higiene rural.—Revista de conocimientos útiles.—Advertencias. GRABADOS.—Emmo, Cardenal Antonio Hassoun.—Santo Tomás de Aquino.—La colecta para las funciones de Semana Santa en la aldea.—El arquitecto Pacciotto.

REVISTA

B RILLANTE cual ninguno estuvo el baile de trajes de los duques de Fernán-Núñez. Ni las espléndidas joyas, ni las innumerables luces deslumbraron nuestros ojos; pero los periódicos noticieros nos han informado de todo, describiéndonos al por menor los ricos trajes de los concurrentes, y hasta los menores detalles de una fiesta que comenzó á las diez de la noche y se prolongó hasta las diez de la mañana siguiente.

El lujo desplegó todos sus encantos; la riqueza de los trajes, el número y variedad de las alhajas, la suntuosidad de los salones no dejaban nada que desear. La elegancia madrileña y la opulencia ducal debieron quedar satisfechas del éxito, que envidiarían, si tuviesen vida real, los personajes de las *Mil y una noches*.

Madrid puede estar orgulloso de tener una aristocracia tan rica y tan espléndida, y el orgullo de la capital debe reflejarse en toda la nación, honrada y enaltecida con la gloria de sus próceres.

Pero volvamos al baile: allí había muchas damas vestidas de María Antonieta, muchas de Pompadour, de Carlota Corday, de Mad. de Maintenón, de marquesa de Poligny, de Mad. de Sevigné, de *Pierrotte*, de *Soubrette*, de *Faufreluche*, de *Incroyable*, etc., etc. ¿Qué significan estos nombres? ¿Eran damas españolas ó francesas las que vestían estos uniformes? ¿Se daba el baile en París ó en Madrid?

La contestación á estas preguntas, ni honra el buen gusto de nuestras damas, ni halaga el patriotismo, ni enaltece el sentimiento moral de la aristocracia moderna. Ni el vestir en un baile el traje de una reina mártir, ni el de cortesanas impúdicas, ni el de livianas actrices de los teatros de París, es prueba de buen gusto, de patriotismo, ni de gran sentido moral.

¿Qué aristocracia española es ésta que para vestir trajes históricos no encuentra otro recurso que las modas escandalosas de la Corte francesa en los reinados que prepararon la Revolución del 89, tan funesta para la nobleza como para la Monarquía, para la sociedad como para la Religión? ¿No ofrecían nuestros antiguos trajes provinciales, nuestros héroes y nuestras Cortes

recursos más adecuados á la gracia y belleza de nuestras damas, cuyos tipos meridionales se despegan muchas veces de los artificiosos y recargadísimos trajes cortesanos de la Francia de la Regencia y del Imperio? ¿Cómo se explica esta preferencia por los trajes franceses de esa época determinada?

Por varias razones. Nuestra aristocracia moderna es francesa de los pies á la cabeza; francesa en las costumbres, en el idioma, en los trajes, en los vicios, y casi casi estábamos por añadir, si la moral no se ofende, que hasta en las virtudes. Conoce, por supuesto mal, los reinados de Luis XIV, de Luis XV, la Revolución del 89, el Imperio, porque sus lecturas favoritas son las novelas más ó menos históricas relativas á estos tiempos; pero en cambio no conoce ni remotamente nuestro siglo XVI, ni el XVII, y de la Edad Media, de la época de la Reconquista española no sabe ni una palabra. Al escoger trajes históricos, ¿dónde ha de acudir sino al vestuario de sus personajes?

Esta es una razón, pero hay otra; la mayor parte de nuestras damas se visten en París; Mr. Worth, según han contado los periódicos, ha confeccionado muchos, ganando en el negocio más de tres millo-

nes de reales. ¿Qué tipos ha de tener Mr. Worth sino los extranjeros, y con preferencia los franceses?

Por último, las Cortes de Luis XIV, de Luis XV, la época de la Regencia y de Luis XVI fueron, como sabe todo el mundo, notables por el despilfarro y el lujo de los grandes señores, autores de su propia ruina. Allí se prodigaron los trajes más ricos, las joyas más deslumbradoras, las galanterías más escandalosas, los festines más babilónicos, siendo aquellos esplendores como las últimas llamaradas de la antigua aristocracia, que había de sucumbir muy pronto en la guillotina ó bajo los escombros de sus palacios y fortalezas.

¿Qué mucho que nuestra aristocracia busque allí el lujo que la desvanece y encanta, y refleje, tal vez por triste corazonada, la luz que precedió al diluvio en que se anegaron y sucumbieron los grandes blasones de la Francia cristiana?

Las mismas causas producen los mismos efectos.

Sigue el baile.

La mayor parte de las damas que asistieron llevaron á competencia el lucir sus más espléndidas joyas. Relampagueaban los brillantes como un cielo poblado de soles, y las perlas, esmeraldas y zafiros cubrían los salones como las margaritas y amapolas matizan con bellos colores los campos en la primavera.

Nuestra aristocracia sigue opuesto camino al que abrió á Isabel la Católica la cumbre de la gloria.

Ella, la gran reina, vendió sus joyas para adquirir con su producto un Nuevo Mundo; nuestras damas venden sus haciendas, el patrimonio de sus mayores y el porvenir de sus hijos para comprar con su producto estériles alhajas; ella, la mujer fuerte, la princesa cristiana, fué la protectora de Colón; nuestras damas son las protectoras de Worth, de Marzo y de Ansorena.

El centro de Madrid, donde están las tiendas más caras, se ve invadido por joyerías. El escaparate más humilde de estos establecimientos de lujo, ostenta en alhajas un capital de muchos miles de duros. ¿Qué prueba el desarrollo de este comercio sino la ruina de muchas fortunas particulares?

Al llegar aquí, cae en nuestras manos un periódico con la noticia de que se va á llevar por fin á cabo la venta de las alhajas de la Corona de Francia.

En nadie menos que en los Reyes puede censurarse el uso y posesión de las joyas, y, sin embargo, aquellas hermosísimas preces con que lucían sus gracias y hermosura en Versalles las princesas de la Corte francesa en los reinados de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI van á pasar á manos de comerciantes, y su producto al bolsillo de los demagogos, que lo utilizaron en proseguir su



EMMO, CARDENAL ANTONIO HASSOUN
† en Roma el día 2 de este mes

guerra implacable contra la Iglesia y contra la sociedad.

Repito que nadie como los Príncipes pueden engalanarse con alhajas; pero ¿qué joyas han tenido mejor destino, destino más noble y envidiable, las que compraron á peso de oro los reyes de Francia, ó las que vendió para auxiliar al navegante genovés Isabel la Católica?

Y si decimos esto de las alhajas de los Reyes, ¿qué podrá decirse de las joyas en que consumen los restos de su mermada fortuna los aristócratas de nuestro tiempo?

Por eso, al saber el caudal de alhajas que lucieron en el baile de Fernán-Núñez los grandes y chicos de España, se ocurre preguntar: ¿cuántas oscuridades de la vida privada se habrán concentrado para producir el relámpago de tantos brillantes, y cuántas de aquellas perlas se convertirán en sargas de lágrimas?

Concluye el baile.

Así comienza *Asmodeo* su última crónica de la vida del gran mundo:

« Los ejercicios religiosos han sucedido á las fiestas del gran mundo, y los templos se ven ahora tan llenos como poco há los salones.

» A la puerta del de las Madres del Sagrado Corazón se detienen por las tardes multitud de blasonados carruajes, y salen de ellos las señoras más conocidas é ilustres de la alta sociedad modestamente vestidas.

» Todas han proscrito el lujoso sombrero, y llevan la española mantilla, más propia y adecuada para los actos piadosos á que van á asistir.

Después de poner cien velas al diablo, una á San Miguel.

Las Madres del Corazón de Jesús son en su mayoría francesas; poseen uno de los oratorios más bellos de la Corte, y se distinguen todas por la afealdad de su trato, su noble origen y su educación fina y elegante. Poco importa su espíritu, que afortunadamente es piadosísimo é inmaculado; lo que las hace tan queridas de la buena sociedad no es esto, sino sus prendas exteriores, que dejamos señaladas, su corte aristocrático, su distinción personal, cualidades que á los ojos de las damas del gran mundo valen más que el santo espíritu de su venerable fundadora.

La Iglesia, tan amante de las jerarquías legítimas como de la igualdad bien entendida, no ha clasificado sus Ordenes religiosos en aristocráticas y plebeyas, en elegantes y cursis, en finas y palurdas, entregando estas categorías á la vanidad de los hombres; para ella todas las Ordenes son iguales, y si alguna diferencia establece es debida á los diversos grados que caben en la vida de perfección, reflejados en los rigores y austeridades de los religiosos penitentes.

La buena sociedad no podía resignarse con este sistema de igualdad, subordinado únicamente á las escalas ó categorías de la perfección mística ó ascética: ha querido llevar sus inclinaciones, sus caprichos y sus vanidades al terreno de la piedad, estableciendo modas, clasificaciones y jerarquías conforme á su criterio, donde la Iglesia ha querido que resplandeciese la igualdad evangélica.

Hé ahí por qué las damas del gran mundo han hecho de las Madres del Corazón de Jesús una Orden aristocrática, distinguida, elegante, hasta el punto de ofrecerlas como materia de conversación á las insulsas, juglarescas y profanas crónicas de *Asmodeo*. La *high-life* se ha creado un mundo para sí, con sus teatros favoritos, sus platos predilectos, sus paseos, sus baños, sus trajes y sus costumbres propias y características. Era preciso llevar esta revolución á la piedad, y crearse — á despecho de la Religión y de sus prácticas en apariencia favorecidas — una vida religiosa para su exclusivo disfrute, con sus templos de moda, sus predicadores, sus monjas y sus cultos y devociones elegantes; la religión de la *high-life*, más aristocrática y distinguida que la del común de los fieles.

La sociedad que há poco se daba cita en los salones del gran mundo, se agrupa ahora, modestamente vestida — con la mantilla española, más propia y adecuada para los actos piadosos que el sombrero — en el Oratorio del Corazón de Jesús, para escuchar los sermones de un Padre Jesuita que envidiará muchas veces las predicaciones de San Francisco Javier en la India, y se acordará, al buscar recursos de elocuencia para interesar á su auditorio, de lo que dice San Pablo, que llegarán tiempos tristes y calamitosos en que las gentes no querrán oír más que cosas agradables.

Mojemos la pluma en tinta de más bellos colores.

La presente Cuaresma va á tener en Madrid singular importancia, por las conferencias filosóficas del sabio Obispo auxiliar de Toledo, Rdo. P. Cámara. El último domingo oímos la primera en el Oratorio del Caballero de Gracia. Más de otros tantos oyentes tuvieron que renunciar al afán de oír al orador, por ser imposible penetrar en el templo. El auditorio se componía de hombres solos, y, en honor de la verdad, debemos consignar aquí que no eran gentes humildes, de los que parece guardan mejor el tesoro de la fe cristiana, sino señores de las primeras clases de la sociedad, de los que representan más fielmente el espíritu moderno, refractario á la Iglesia y enemigo de la Verdad.

El P. Cámara reúne cualidades como pocas para atraer tan numeroso y crecido auditorio. Acaba de salir de un claustro, asilo hoy, como en otros tiempos, de la verdadera ciencia y de la sólida virtud, y se presenta entre vosotros libre del contacto de nuestras miserias, sin beneficios que agradecer, ni agravios que vengar, joven, simpático, autorizado por obras eximias, dotado de la abnegación de un fraile, del celo de un apóstol, de la elocuencia de un apologista, del entusiasmo de su juventud y de la caridad ardiente de su corazón noble y fervoroso.

El tema que ha escogido para sus conferencias no puede ser más oportuno ni más interesante: las relaciones entre la fe y la libertad. En la primera ha demostrado con una claridad como la del sol, con una energía como la del rayo, con una elocuencia á la vez sobria y elegante, digna de un agustino, hija del Aguila de Hipona, que, *lejos de oponerse la fe católica á la libertad humana, la fe no se concibe sin la libertad, la fe nos obliga á creer en la misma libertad.*

El sabio Obispo empleó en el desarrollo de este tema argumentos tan claros como concluyentes. Sin embargo, los periodistas liberales, cuya educación filosófica no está á la altura de su audacia para juzgar de todo, no debieron entender el pensamiento del orador, según vemos en las palabras que le atribuyen, entrecoméndolas como textuales. Dice *El Correo* y copia *El Liberal*:

« La libertad no es tal libertad más que en lo que á divagar hácia el error se refiere; pues siendo la aspiración eterna del espíritu hallar la suma felicidad, y residiendo ésta en Dios, no hay libertad para creer en él y en él esperar, sino para no hacerlo, porque nadie puede sustraerse á la ley que regula é impulsa las aspiraciones del alma.»

Ni éste es el estilo filosófico del sabio Prelado, ni éste es su pensamiento, ni podía ser en manera ninguna; no obstante, los periódicos dan el texto como auténtico, y *El Liberal* lo acompaña de una insulsa y necia bufonada.

Lo que sostuvo el P. Cámara con todos los filósofos cristianos antiguos y modernos, es que la voluntad no es libre respecto de su último fin, hácia el cual se siente arrastrada por inclinación de su naturaleza, como los cuerpos hácia su centro de gravedad; pero que es libre, completamente libre respecto de los medios para encaminarse á este fin necesario.

Crear en Dios y esperar en él es un acto meritorio, y dejaría de serlo desde el momento en que la voluntad no fuese libre; pero, ¿qué entienden de estas cosas los periodistas liberales, preocupados á toda hora con intrigas de antesala y cuestiones culinarias?

La segunda conferencia versará acerca de esta proposición: « La libertad humana, en el presente estado natural, no es entera y perfecta; se perfecciona y completa mediante el orden sobrenatural de la fe y la gracia.»

Es el *Veritas liberavit* de San Pablo. El pecado hizo al hombre esclavo, y el precio de su rescate, es decir, de su libertad, fué la sangre de Cristo.

Esta proposición en los elocuentes labios del sabio Obispo será, á no dudarlo, un filón de oro que enriquecerá la inteligencia de su auditorio, empobrecida por los errores modernos.

Con claros y hermosos días nos favorece la Cuaresma.

¡Quiera Dios que tan fecunda como la de la Naturaleza sea la primavera de las almas!

NULEMA.

CRÓNICA



ADA día levanta más protestas en el orbe católico el inicuo despojo de la *Propaganda Fide*.

En Alemania, los obispos de Breslau y de Osnabruck han publicado elocuentes Pastorales con enérgicas protestas contra aquel despojo, que priva á la Iglesia y á la civilización de uno de sus más

constantes medios de extenderse y propagarse entre los pueblos que viven desgraciadamente apartados de la luz de la verdad.

Ya hicimos constar anteriormente que la Prensa católica de Europa ha clamado también unánimemente contra este despojo.

La *Catholic Review* de Nueva York sustenta en un hermoso artículo esta tesis: « La sentencia del tribunal de casación de Roma hiere al Cristianismo en su corazón; es además un ultraje á los principios del derecho público.»

Antes de terminar pide dicho periódico al Gobierno federal de los Estados Unidos que reclame cerca del Gobierno italiano contra esta violación del derecho de propiedad.

Toda la Prensa católica del Norte de América apoya esta proposición. ¿Qué hará el Gobierno federal de los Estados Unidos de América? ¿Accederá á las justas instancias de los ciudadanos católicos de la república?

No lo sabemos.

Lo que sí sabemos es que, según resulta de testimonios públicos, el único Gobierno que hasta ahora se ha preocupado de esta cuestión es el de la reina Victoria. El Sr. Gladstone, contestando en la Cámara de los Comunes á una interpelación de un diputado católico, declaró que el embajador de Inglaterra cerca del Gobierno de Humberto tenía orden de ofrecer sus servicios á la Propaganda Fide para cuanto se le ocurra en esta cuestión.

Es triste, tristísimo, que en Europa puedan cometerse atentados como el de que ha sido víctima la Propaganda, sin que los Gobiernos que se titulan católicos apoyen las protestas del pueblo cristiano.

Cuando las anteriores sentencias, que no eran definitivas, contra los bienes de la Propaganda, el emperador de Austria, Don Alfonso y Don Luis de Portugal, escribieron al rey Humberto varias cartas en favor de los derechos de la Iglesia. Esta vez, al menos que sepamos, ni aun estas cartas se han escrito.

De modo que en esta ocasión resulta, de lo que hasta ahora conocemos, que más ha hecho por la Santa Sede el Gobierno protestante de la reina Victoria que los Gobiernos de Austria, España y Portugal.

Y no se diga que carece de importancia el golpe que acaban de recibir los derechos de la Iglesia. En realidad, la sentencia del tribunal de casación de Roma hiere terriblemente á la Santa Sede y anula la ley de las llamadas garantías.

Europa puede estar tranquila: lo que la Revolución hace ahora impunemente contra la Iglesia, lo repetirá contra los que, pudiendo impedirlo, se cruzan de brazos ante el inicuo despojo.

Cabalmente en Francia se trata de vender en estos momentos los restos de las alhajas de Napoleón III, de que se incautó el Estado. Los paganos verían en esto una casualidad. El cristiano sólo puede ver en ello el dedo de la Providencia. Quien vendió á la Revolución los Estados de la Iglesia, justo es que vea sus bienes vendidos por la Revolución, que, como Saturno, devora á sus hijos.

En medio de la profunda tristeza de que cubren el corazón estos hechos, ha venido una noticia á dar algún consuelo á las almas cristianas.

Desde hace algún tiempo se anunciaba de cuando en cuando que llevaban muy buen camino las negociaciones pendientes entre la Santa Sede y Rusia. En alguna ocasión se anunció que estaba ya nombrado el embajador que ha de representar al Czar cerca el Papa.

Pero la verdad es que los hechos externos no confirmaban luego estas noticias y predicciones.

Ahora se ha recibido un telegrama de Roma de autorizado origen, en el cual se dice que es completo el acuerdo entre el Vaticano y Rusia; que todas las Sedes episcopales vacantes en el Imperio de los Czares se proveerán en el próximo Consistorio, y que para entonces habrá sido nombrado el embajador del Czar cerca del Papa.

Al mismo tiempo que se recibía en Madrid este telegrama, la Prensa inglesa publicaba un despacho de San Petersburgo, en el que se da la noticia de que el Czar ha firmado el decreto nombrando al Sr. Boutenieff embajador suyo en el Vaticano.

¡Quiera el cielo que estas noticias se vean plenamente confirmadas por los hechos; que en el próximo Consistorio puedan proveerse las Sedes todavía vacantes en Rusia, y que el Sr. Boutenieff pueda asistir desde luego á aquel acto con el carácter oficial de que, según los indicados telegramas, se le ha revestido ya!

Hé aquí una lección terrible para los Gobiernos de naciones católicas, como Bélgica é Italia, que se

empeñan en no reconciliarse con la Santa Sede, cuando sólo mediante esta reconciliación podrían salvarse del abismo que los revolucionarios abren á sus piés.

En el orden meramente político, dos solos hechos preocupan á Europa en las presentes circunstancias.

Parece un hecho la inteligencia perfecta de Rusia y de Alemania en la resolución de las cuestiones de orden internacional que de un momento á otro pueden agitar al mundo.

Al principio, esta inteligencia entre los Gabinetes de Berlín y de San Petersburgo causó verdadera alarma, lo mismo en Viena que en Pesth. Se temía que Austria y Hungría pagaran los gastos de esta componenda entre los dos grandes Imperios del Norte.

Y este temor parecía tanto más fundado, cuanto que en este año terminan los cuatro años que debía durar el tratado de alianza austro-alemana, según se dispone en el mismo.

Como esta situación de incertidumbre no podía prolongarse por los grandes quebrantos que originaba lo mismo en los centros bursátiles de Austria que en los de Hungría, el Gabinete de Viena se decidió á pedir explicaciones al de Berlín, y éstas han sido tan satisfactorias como pudiera desearlas el austriaco más exigente.

Cuando termine el plazo en que debe estar en vigor el tratado de alianza austro-alemana, será reemplazado por otro más amplio.

En la nueva alianza, que se titulará «alianza conservadora de los tres Imperios», entrarán Rusia, Alemania y Austria, y más que un objeto internacional, tendrá por objeto este tratado ver de acabar con los elementos revolucionarios que existen en las tres indicadas naciones.

La lepra nihilista, que había desaparecido al menos de la superficie, ha vuelto á aparecer en ella, y sus primeras víctimas han sido dos jefes de policía, el de San Petersburgo y el de Karkoff. Además, sus periódicos, que se habían visto en la precisión de dejar de publicarse, han reaparecido de nuevo, y los individuos de la Corte, sin excluir á la familia imperial y al Czar en persona, se los encuentran como antes en sus bolsillos y en sus despachos, sin poder adivinar quién los coloca en tales sitios.

En Alemania y en Austria no existen nihilistas. Pero existen socialistas que promueven desórdenes; que hacen grande propaganda con evidentes resultados; que también asesinan á los jefes de policía que les estorban, y si no tienen más feroces miras es sin duda porque carecen de la convicción en sus fuerzas que tienen los nihilistas rusos.

Acabar con estos elementos revolucionarios será, como ya se ha dicho, el primer objeto de la nueva alianza. El segundo objeto será resolver de común acuerdo los tres Gabinetes las cuestiones internacionales que se presenten.

Una noticia. Un diario de Roma asegura, y hasta ahora no ha sido desmentido, que Italia ha tratado de ver si sería admitida en la nueva alianza, y que, en efecto, han sido desechadas sus proposiciones. Y se comprende. Entre la iniquidad que perpetraron en Polonia los tres Imperios, y las iniquidades que Italia perpetra todos los días, va inmensa diferencia.

Natural es, pues, que los Imperios del Norte sientan cierta repugnancia á andar del brazo del titulado reino de Italia.

Después de lo referente á la nueva alianza, preocupan seriamente á los políticos los progresos que la insurrección hace en el Sudán.

Se está en vísperas de una gran batalla en las inmediaciones del fuerte Baker, situada á cuatro millas de Trinkitar, en el camino de Tokar, plaza fuerte que últimamente ha caído en manos de los soldados del Madhí.

El general inglés Graham tiene á sus órdenes de 5 á 6.000 hombres, y avanza con grandísimo cuidado á fin de evitar que le suceda lo que á sus antecesores, que todos han perecido á manos de los insurrectos. Hay quien pretende que se está fortificando junto al fuerte Baker, á fin de tener la retirada asegurada para el caso de una derrota.

Las fuerzas insurrectas no están mandadas por el Madhí, sino por su segundo Osmán-Digma, que fué quien ganó la última batalla y quien se ha apoderado de la plaza de Tokar. Contaba con 11.000 hombres, pero últimamente ha sido reforzado con 7.000 al mando de Abmed-Berduldi.

Los insurrectos parecen estar seguros de la victoria. De aquí que bendigan á grandes voces á Alá, que les depara la ocasión de acabar de una vez con tan gran número de «perros cristianos». La verdad

es que, hasta aquí, los ingleses que han ido al Sudán no han regresado. ¿Será más feliz el general Graham?

Uno de los pocos soldados ingleses que pudieron escapar con vida en la última batalla, escribe lo siguiente: «Los rebeldes son numerosos. Son verdaderos demonios, y su valor está fuera de lo imaginable. Nos asaltaron con una tal impetuosidad que empezaron á decapitarnos aun antes de que pudiéramos apercibirnos para la defensa. Era horrible: aquello no fué una batalla, no fué tampoco un combate: fué una carnicería. Es preciso no forjarse ilusiones, no creer que los insurrectos curan los heridos ó hacen prisioneros. Todo hombre que falta debe ser considerado como muerto. Los rebeldes no dan cuartel.»

Como se ve, aquí no se trata para los ingleses de dispersar tropas como las de Arabi-Bajá y de alcanzar victorias tan felices como la de Tell-el-Kebir, sino de luchar con un enemigo formidable que tiene un valor á toda prueba.

¡Que la próxima batalla no sea tan funesta á los ingleses como lo han sido las anteriores!

Cuando los encargados de extinguir un incendio dejan que se propague, difícilmente pueden luego dominarlo cuando quieren.

Los ingleses dejaron crecer al Madhí, y hoy sus emisarios llegan al Cairo, y en aquella población, donde tantos hijos del Sudán viven como criados, se exponen en las calles los retratos del Madhí, y los árabes, al pasar, dicen: «¡Dios te dé la victoria!»

Un hermano del Madhí ha sido entregado á un gobernador egipcio por un jefe beduino. Ha sido encerrado en Khepeh con las mayores consideraciones y con todas las comodidades apetecibles. No se le ha podido encontrar un solo documento.

Se sabe, sin embargo, que había visitado con otros dos emisarios del Madhí las importantes ciudades de Alejandría, el Cairo, Ramleh, Helonán y Damietta, examinado las prisiones militares y los cuarteles, oído muchas observaciones de sus partidarios, y celebrado una larguísima conferencia con Sultán-Bajá, antiguo presidente de la Cámara de los Notables, el hombre más importante del Alto Egipto y grande enemigo de los ingleses.

El jefe beduino que entregó á las autoridades egipcias al hermano del Madhí amaneció ahorcado al día siguiente de consumada su traición, sin que hasta ahora se haya podido descubrir á los asesinos.

Los otros emisarios del Madhí han regresado felizmente al Sudán, y han enterado á su jefe de los resultados de su expedición.

La República del Ecuador, que últimamente logró sacudir las cadenas que la aprisionaban y derrocar al dictador Veintimilla, se acaba de dar una Constitución.

En esta Constitución se empieza declarando que la Religión católica apostólica romana es la del Estado y la única que se tolera, y que el Gobierno se obliga á defenderla, auxiliarla, respetarla y protegerla por todos los modos y maneras que lo exijan las autoridades eclesiásticas.

El nuevo Gobierno es por este artículo, por la significación política de sus hombres, por los actos que hasta ahora ha realizado, digno sucesor de García Moreno.

Felicitémonos por ello, ya que tantos motivos de tristeza tenemos los católicos.

D. ISERN.

EL BAILE DE PIÑATA



os hallamos en plena Cuaresma.

Las saturnales del Carnaval han pasado como los huracanes, dejando tras sí las huellas de su vertiginosa corriente.

Hay, sin embargo, alguna diferencia entre los estragos que produce un sacudimiento meteorológico inesperado, y las perturbaciones que traen consigo esas tempestades morales á plazo fijo.

Las tempestades físicas destruyen sembrados, aniquilan los frutos de una comarca, derriban edificios, arrastran ganados y producen daños materiales, pero daños que pueden repararse.

Las tempestades en el orden moral destruyen la salud del alma, aniquilan las fuerzas del entendimiento, derriban honras, arrastran por el fango el armiño de la virtud y producen daños sociales que muchas veces no admiten reparación.

Entre estas borrascas del alma cuento las intem-

perantes, grotescas y desenfrenadas fiestas del Carnaval.

Me diréis que éstos son desahogos de un viejo gruñón y atrabiliario; arrepenimientos tardíos de desenfrenos juveniles; protestas ridículas contra las modernas costumbres y extemporáneos alardes de un rigorismo mal avenido con la tolerancia que hoy se impone en todas las esferas de la vida social.

No me importa: todas las censuras, todos los desdenes, todos los dicerios y todas las carcajadas con que se acojan mis ideas respecto á esas fiestas: no me harán cejar en mis convicciones, ni cohibirán el libre ejercicio del único órgano de mi economía animal que conservo completamente expedito, libre y desembarazado: la lengua.

Por primera vez acaso, desde que tengo la honra de comunicarme con los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, siento el impulso, ajeno á mi carácter, de tratar en serio precisamente el asunto más risible que puede ofrecerse á la consideración de un escritor público.

Si en mi disertación me dejo llevar inconscientemente más allá de lo que exigen las conveniencias; si el tono de mis razonamientos llega á parecer impropio de la gravedad de un viejo achacoso y frío de corazón...

Aquí tengo que abrir un paréntesis, porque acaba de entrar en mi cuarto mi criado Roque y tengo que ajustar con él unas cuentas.

Porque han de saber ustedes que el tal Roque, que pocas veces me da serios motivos para reñirle, acaba de cometer una falta gravísima, y quiero que la confiese y explique á presencia, ó al menos con audiencia, de ustedes, para que sea mayor su vergüenza y su castigo.

Antes tengo yo que explicar los antecedentes del hecho.

Hace tres ó cuatro días llegaron á Madrid dos sobrinas de mi antiguo sirviente, llamadas por asuntos de familia que no interesan al público.

Había pasado ya el Carnaval, y lamentábanse de que, al venir por primera vez á la Corte, no hubieran podido hacerlo con oportunidad para presenciar unas fiestas de que tanto habían oído hablar en el pueblo de su residencia.

Roque es blando de condición, y además quiere á sus sobrinas con la ternura más bien de abuelo que de tío.

Yo no sé por qué serie de concesiones y debilidades llegó mi viejo servidor á acariciar la idea (que tratándose de cualesquiera otras personas le hubiera parecido absurda y pecaminosa) de proporcionar á sus sobrinas el para ellas inverosímil espectáculo de un baile de máscaras.

Las sobrinas acogieron por de pronto la indicación del tío con una explosión de alegría; pero creyeron después que Roque quería burlarse de ellas al ofrecerles un baile de máscaras en plena Cuaresma.

Su tío las convenció de que para los católicos modernos no hay incompatibilidad entre las abstinencias cuadesimales y las intemperancias carnavalescas, y después de mil escrúpulos, discusiones, incertidumbres y acomodamientos, convinieron en que, si yo les daba permiso, irían al baile de Piñata anunciado en uno de los principales teatros de Madrid, si bien con el solo objeto de satisfacer la curiosidad de las sobrinas y permaneciendo en el local el tiempo puramente preciso para cumplir aquel deseo.

Bajo estas condiciones, y no sin poner algunos reparos, accedí á las reiteradas súplicas de Roque.

Con efecto, á las doce de la noche de ayer domingo, disfrazado mi sirviente con un albornoz morisco que le facilitó la doncella del cuarto principal, y envueltas en sendos capuchones las sobrinas, salieron los tres de casa en dirección al teatro.

Yo me hallaba ya acostado, y aun desde la cama recomendé á Roque no se retrasase mucho en la hora del regreso.

A las siete de la mañana del siguiente día (hoy lunes 3 de Marzo) se abrieron como de costumbre las ventanas de mi cuarto, operación acompañada de un «buenos días nos dé Dios».

No era Roque quien me dirigía esta salutación, cumpliendo el primero de sus deberes matutinos, sino mi ama de gobierno, que al propio tiempo me traía el desayuno.

Pregunté por mi sirviente, y supe con sorpresa y desagrado que aun no había vuelto del baile.

Me vestí como pude, me senté á la mesa de mi despacho, preparé los bártulos de escribir y empecé á desfogar en parte mi mal humor en una catilinaria contra el Carnaval, cuyos primeros párrafos han visto ustedes más arriba. En esta tarea he sido interrumpido por Roque.

Mi primer movimiento ha sido de cólera (lo confieso con humildad); pero cuando me disponía á

dispararle una andanada de invectivas, me desarmó la actitud resignada del culpable, cuyo semblante descompuesto reflejaba una profunda fatiga y un verdadero pesar.

Así, pues, me contenté con decirle:

— ¿Le parece á usted, Sr. Roque, que su conducta es la de un hombre de juicio?

— Señor — me contestó con voz trémula — si me habla usted con tanta severidad, no acertaré á disculparme.

— ¡Disculparte! ¿Qué disculpa puedes alegar para justificarte de haber pasado una noche entera en un baile de máscaras, faltando á tus principios cristianos y á tus deberes domésticos?

— El señor me dió permiso...

— Es cierto, mi debilidad de carácter me ha hecho, en algún tanto, cómplice de tu falta; pero yo sólo te autoricé para acompañar á tus sobrinas, tan locas como tú, á una fiesta que nunca habían visto, á condición de que, satisfecha esa malhadada curiosidad, os volveríais á casa á una hora regular... y, ya lo ves, son las ocho de la mañana.

— Aseguro, señor, á fuer de hombre honrado, que esas eran mis intenciones, lo mismo que las de las chicas; pero el mismo Satanás debe haber enredado las cosas para que haya sucedido lo contrario.

— Dices bien; tratándose de un baile de máscaras en Cuaresma, Satanás, y sólo Satanás, tiene derecho á arreglar los sucesos en beneficio suyo.

— Pues verá usted, señor, lo que ha pasado...

— Sé breve, porque no tengo mucho tiempo que perder.

— Entramos en el teatro... ¡Qué lujo! ¡qué riqueza! ¡qué claridad! ¡qué música! ¡qué baraunda!..

— Me gusta tu arrepentimiento. ¿Aun te entusiasmas recordando los atractivos de esa fiesta pagana?

— No, señor, sino que digo todo esto para justificar el aturdimiento y el mareo que nos causó aquel espectáculo, nuevo para nosotros. A la hora de estar allí, empujados, codeados y magullados por aquella masa de gente, que aumentaba á medida que avanzaba la noche, quisimos retirarnos; pero la cosa no era tan fácil de ejecutar como suponíamos. Por fin, después de mil vueltas y rodeos por aquel laberinto viviente logramos vernos fuera del salón. Hicimos alto para cobrar fuerzas y limpiarnos el sudor que nos inundaba el rostro. Cuando estábamos en esta operación y nos habíamos desembarazado de las caretas, que nos sofocaban, yo no sé lo que pasó; sólo sé que á los dos minutos, en lugar de vernos en la calle... nos encontramos debajo de la lucerna del teatro.

— ¿Qué diablos hicisteis para eso?

— Nosotros nada, señor; dejarnos arrastrar sin poder remediarlo por aquella avalancha infernal, que, viniendo de la parte opuesta á la dirección que queríamos llevar, nos arrolló hasta el centro del salón.

— Adelante.

— Apenas repuestos del susto, sólo pensamos en ganar nuevamente la salida y volvimos á emprender la marcha. Yo servía de remolcador á mis sobrinas, que á su vez caminaban asidas una á otra... ¡Ay, señor de mi alma, los apuros que hemos sufrido!

— ¿Pero por fin pudisteis salir?

— Así lo habríamos hecho á no ser por una turba de máscaras insolentes, jóvenes y viejos; pero los jóvenes ya viejos en el arte del libertinaje, y los viejos emulando y sobrepajando á los jóvenes en osadía y desenfreno. Aquellos energúmenos se fijaron en mis sobrinas, que no son feas por cierto; nos rodearon y principiaron á dirigir groseras galanterías á las muchachas, y chistes inmundos y motes ridículos al desdichado Roque. Sobre todo había uno vestido de diablo, que debía serlo en cuerpo y alma.

— Y tú entonces les afearías su conducta y les harías comprender que no trataban con gentes de su misma estofa...

— ¿Afeard?.. En efecto, esa es la palabra, porque, apurada ya mi paciencia, alcé la mano derecha y descargué sobre la nariz del que estaba más cerca y se mostraba más insolente un tremendo puñetazo, que ha debido afeardle el rostro para algunos días.

— ¿Eso hiciste, imprudente?

— Eso hice, y excuso decir á usted que proseguí afeardo procederes y narices con un entusiasmo superior á mis años.

— Pero ellos no se quedarían á la zaga...

— Ellos trataron de resistirse, y aun alguno contestó á mis razonamientos pugilísticos; pero se interpusieron varios caballeros, llegaron los representantes de la autoridad, conseguí poner de manifiesto la razón que me asistía, y todo terminó de la manera más satisfactoria.

— Vamos, hombre, menos mal... Acaba tu relato, que se va haciendo largo.

— Ahora entra lo mejor, amo mio. Cuando me

vi libre del asedio de aquella canalla (que no por llevar la elegante librea del vicio dejaba de pertenecer á esta clase), volví la cabeza para tranquilizar á mis sobrinas; pero ¡ay! este plural había dejado de serlo... No había más que una, que se agarraba con todas sus fuerzas á mi albornoz; la otra, Hermenegilda, la más joven y más agraciada...

— Acaba de una vez: ¿qué la había sucedido?

— Que se la había llevado el diablo... es decir, que alcancé á divisarla á un extremo del salón, arrastrada por aquel enmascarado demonio que tanto nos había acosado con sus dichos soeces y sus ademanes indecorosos... Sin darme cuenta de mis actos atropello á cuantos se me ponen por delante, y en esta lucha y en estas acometidas por salvar la distancia que me separaba de mi pobre Gilda, despréndese de mis hombros la vestimenta moruna á que estaba asida Damiana... No reparo en nada; sigo abriéndome paso á través de aquella muralla de carne, sufriendo los empujones y los insultos de los atropellados, mientras que Damiana se había quedado rezagada, y Gilda, impelida por su raptor diabólico, entraba á la fuerza entre las parejas de un baile vertiginoso, que creo que se llama *wals*, y desaparecía en aquel torbellino, estrechamente abrazada por el diablo...

— ¡Válgame Dios, hombre, qué contrariedades!.. Pero, al cabo, te reunirías pronto con tus sobrinas.

— No tan pronto, señor, porque cuando logré arrancar de las garras del diablo á Gilda, que apenas podía sostenerse en pie á causa del sobresalto y la agitación, tuvimos que echarnos á buscar á Damiana. Más de dos horas tardamos en dar con ella; dos horas de mortales angustias, de fatiga horrible y de verdadera desesperación; dos horas, durante las cuales recorrimos el salón, los pasillos, las galerías, todo el teatro, sin encontrarla.

— Eso te servirá y servirá á tus sobrinas de escarmiento, para no pensar más en los bailes de máscaras.

— Antes me dejaría hacer trizas que volver á semejantes fiestas...

— Pero ¿dónde hallásteis, por último, á Damiana?

— Donde menos podíamos imaginarlo, señor; en el ambigü.

— Explícate, hombre, porque eso me parece algo extraño.

— Muertos de cansancio, asfixiados de calor y sin poder descansar en ninguna parte, me ocurrió la idea de entrar en el *restaurant* (que así creo que se llama) para tomar un refresco y recuperar las fuerzas. Apenas habíamos puesto el pie en aquel sitio cuando oímos un grito de mujer, y pocos instantes después Damiana se arrojaba en nuestros brazos temblorosa y calenturienta.

— Mas ¿cómo se encontraba allí?

— Ella nos lo explicó sencillamente. Cuando me desprendí del albornoz á que estaba Gilda agarrada y se quedó sola, echó á llorar como una Magdalena. Entonces se acercó á ella un caballero anciano... pero esta palabra no debe profanarse aplicándola á semejante individuo... Se le acercó un viejo de rostro repulsivo, aunque de elegante traje, que empezó por preguntarle la causa de su llanto, siguió por prodigarle consuelos y palabras de afecto, y concluyó por ofrecerle el brazo para acompañarla á buscar á sus parientes. La inocente muchacha, á quien no infundía recelos su improvisado protector, de más de sesenta años de edad, se dejó guiar por éste, y recorrió en su compañía varias dependencias del teatro. El viejo verde se permitió dirigirla algunas galanterías que la muchacha rechazó con dignidad; la propuso entrar en un palco, desde el cual se dominaba el salón, y sería más fácil descubrir á los que buscaba; pero Damiana resistió instintivamente la invitación.

— ¿Qué hombres hay tan depravados!

— Por último, el viejo la persuadió á que entrase con él en el ambigü, donde seguramente irían, más pronto ó más tarde, las personas que la habían acompañado al baile. Una vez instalados delante de un velador, la instó el vejete á que tomase algún refrigerio, ó cuando menos una copa de Champagne, á lo cual se negó la chica. Ya entonces el viejo libertino arrojó la careta de caballerosidad (única que llevaba), y comenzó á deslizarse en voz baja ofrecimientos y propósitos que no pueden hacerse á ninguna mujer honrada... En tan terrible trance Gilda nos vió entrar en el ambigü, se escapó de las indignas redes del viejo seductor, y... aquí terminó este episodio.

— Vamos, hombre, ya pudisteis tranquilizaros... — Por de pronto, sí señor, pero aun falta lo más gordo...

— ¡Todavía!

— Escúcheme usted, que ya concluyo. Serían las cuatro de la madrugada cuando nos vimos por for-

tuna fuera de aquel antro odioso... Excuso decir á usted que el albornoz, así como las caretas de los tres, se habían quedado en el campo de batalla... Pues, como iba diciendo, al poner el pie fuera del edificio nos vimos sorprendidos por dos sujetos que, encarándose conmigo, me intiman á que les siga á la prevención.

— ¿Por qué causa?

— El máscara á quien apliqué el primero y más rudo puñetazo al entablar la refriega con el grupo de los insolentes calaveras, había dado parte verbal del hecho á los agentes de la autoridad, y éstos me descubrieron cuando salía del teatro... Me resistí á ir á la prevención, descubrí mi nombre y el de usted, ofrecí toda especie de seguridades de que me presentaría después de dejar á mis sobrinas en casa...

— ¿Y te dejaron libre bajo tu palabra?...

— No, señor; no me dejaron libre, porque su deber no se lo permitía, sino que fuimos á la prevención. Allí permanecimos cerca de una hora, hasta que un señor, que debe ser jefe de policía, enterado de todo me ha autorizado para venir, á condición de presentarme cuando sea llamado... Ya ve usted, amo mio, ¡qué de desdichas han caído esta noche sobre mí!

— Ya lo veo, y si he de decirte la verdad no me pesa. Has aprendido lo que es un baile de máscaras... En el pecado llevas la penitencia.

— ¡Ah! Se me olvidaba un detalle, señor: al entrar en la prevención quise saber la hora, eché mano al reloj... y no encontré más que la cadena.

— Ea, pues, voy á contárselo todo...

— Sí, sí, amo mio, hace usted bien; cuénteselo á la autoridad á ver si parece.

— ¿Quién?

— Mi reloj, que valía 25 duros.

— No hablo de semejante cosa, bobalicón. Decía que voy á contar tus hazañas al público, para que se ría de tí, ya que me has quitado el tiempo que destinaba á escribir mi artículo decenal.

BLAS.

LOS GRABADOS

EMMO. CARDENAL ANTONIO HASSOUN

† en Roma el día 2 de este mes

En el número 28 del tomo IV publicó *La Ilustración* la biografía de este ilustre Apóstol que acaba de morir en la Ciudad Eterna entre el dolor de todos los católicos que le admiraban, y especialmente de sus hijos predilectos, los orientales.

Había nacido en Constantinopla el 16 de Julio de 1809. A los 19 vino á Roma á seguir los estudios eclesiásticos en el Colegio de la Propaganda, y ordenado de sacerdote en 1832, fué enviado á Smyrna con el título de Vicario general. El 7 de Junio de 1842 le nombró Gregorio XVI obispo de Anazarbe y Coadjutor con derecho de futura sucesión de Mons. Marusi, arzobispo de Constantinopla. En 1845 la comunidad armenia le nombró petrik, es decir, su jefe civil.

En 1846 ocupó el patriarcado de Constantinopla, y en 1866 fué elegido Patriarca armenio de Cilicia, reuniendo bajo su jurisdicción las dos Sedes. Pio IX rectificó esta elección el 13 de Junio de 1867.

Muchos enemigos tuvo el valeroso Apóstol, cuyas intrigas le hicieron el año 48 renunciar el cargo de jefe civil de los armenios; pero en 1867 el mismo Sultán quiso que volviese á ejercer el cargo, volviendo á reanudarse la guerra de sus implacables enemigos. El 23 de Marzo de 1868 de nuevo tuvo que renunciar; pero los sectarios no por esto aplacaron sus odios, hasta el punto de obligarle á salir de Constantinopla y refugiarse en Roma en 1872.

Cuatro años duró este destierro, y el 6 de Julio de 1876 volvió á su Sede el heroico Prelado entre vítores entusiastas de los fieles, y respetuosos homenajes de los mismos cismáticos y musulmanes.

Durante su ausencia dos Obispos se habían puesto á la cabeza del cisma; pero Mons. Hassoun les hizo volver al redil de la verdadera Iglesia y restableció la unidad dogmática en la comunidad armenia. En premio de su valor y de su saber León XIII le creó Cardenal en 1881, siendo el primero de rito griego desde los días de Besarion.

Ahora estaba al frente de un Seminario armenio, y su voto era decisivo en las complicadas cuestiones de la Iglesia oriental.

Los católicos orientales vertirán por él largo luto, al que se asociará todos los de la cristiandad. — R. I. P.

SANTO TOMÁS DE AQUINO

ANGEL DE LAS ESCUELAS

(El artículo en el número próximo.)

LA COLECTA PARA LAS FUNCIONES DE SEMANA SANTA

Era costumbre general en España, y todavía quedan de ella venerables vestigios, el salir de las aldeas, durante la Cuaresma, grupos de doncellas que, vestidas con sus mejores trajes y cubierta la cabeza con la modesta mantilla, iban á los pueblos principales y á las ciudades de la comarca á pedir

limosna para las funciones de Semana Santa de su pobre parroquia.

Por lo regular cada grupo se componía de tres: la mayor en medio con una bandeja y alguna imagen, ora de la Virgen más popular en el país, ora del Santo tutelar de su iglesia, ora, y lo más frecuente, de un crucifijo de bronce. Iban de casa en casa, y después de llamar á la puerta prorumpían en un canto religioso, lento, monótono y triste, que solía ser un elogio del divino Sacramento eucarístico y una invitación á la piedad para contribuir á su culto. En algunos pueblos este canto se llama la *baraja de la Pasión* y como curiosidad y muestra de la poesía popular vamos á copiarla según las conservamos en nuestros apuntes, tomada al oído de las aldeanas de nuestro país:

Para cantar la *baraja*,
Señores, pido atención,
De María los Dolores,
Y de Cristo la Pasión.

En el *as* yo considero,
Yo considero en el *as*,
Que hay un solo Dios Eterno,
Y que no puede haber más.

En el *dos* yo considero
Aquella suma belleza
Que, siendo Verbo Encarnado,
Tuvo dos naturalezas.

En el *tres* yo considero,
Esta sí que es cierta y clara,
Las tres Personas distintas
De la Trinidad sagrada.

En el *cuatro* considero,
Y con amor lo confieso,
En lo que manda la Iglesia,
Que son los cuatro Evangelios.

En el *cinco* considero
Lo que ha de ser venerado:
Las cinco llagas de Cristo
En piés, manos y costado.

En el *seis* yo considero,
¡Oh qué carta tan hermosa!
La muerte y pasión de Cristo
Angustia y dolorosa.

En el *siete* considero,
Esta me sirve de guía,
La muerte y pasión de Cristo,
Los dolores de María.

En la *sota* considero
Aquella ingrata mujer
Que de la fruta vedada
Hizo á su esposo comer.

En el *caballo* contemplo,
Corrido y avergonzado,
Ir desnudo por sus culpas
Adán, autor del pecado.

En el *Rey* yo considero
Que es rey de tanto poder,
El que hizo cielo y tierra,
Y aquí vino á padecer.

EL ARQUITECTO PACCIOOTTO

Entre los arquitectos que tomaron parte en la obra del Escorial, merece citarse el conde Pacciotto, autor de la primitiva traza del templo, modificada luego por Herrera.

Pacciotto sirvió luego de ingeniero á Felipe II, y siéndolo en jefe del ejército español en Flandes, murió en el asalto de Calais. Aunque italiano, trabajó y murió por España. Su retrato es poco conocido, y por eso nos complacemos en publicarlo.

SAN LEANDRO, OBISPO DE SEVILLA

ESTE insigne varón, á quien debemos la unidad católica, y con ella la base de nuestra nacionalidad, la fuerza de nuestra independencia y el sello que caracteriza nuestras más castizas y gloriosas proezas; este modelo de Prelados, apóstol de los visigodos, ilustre escritor que por tantos títulos merece monumentos públicos además de los que la piedad le consagra en los altares, nació en la ciudad de Cartagena, capital de la provincia de su nombre.

Aunque no tenemos positivo testimonio que lo acredite, así, de acuerdo con la verosimilitud, lo asegura tradición jamás contestada, y no debe por lo tanto ponerse en duda. Se ignora la época fija de su nacimiento; pero hubo de ser antes de promediar el siglo vi, del 540 al 545.

Su padre se llamaba Severiano, era natural de la misma provincia y vivía en la metrópoli.

España, en aquellos tiempos, no estaba completamente dominada por los godos: reinaban los suevos en Galicia, y gran parte de la Cartaginense pertenecía á los imperiales, que, desalojados de casi toda la Península primero por los bárbaros del Norte, y luego por los godos, algo más civilizados, se mantenían en el litoral del Mediterráneo, sostenidos por las discordias de los vencedores y los refuerzos que de tarde en tarde recibían de la antigua Bizancio. La zona ibérica donde vivía Severiano era, pues, greco-romana, y si no española primitiva, por lo menos anterior á las conquistas de las razas septentrionales.

Conviene tenerlo muy presente; pero hay otra división en que debemos fijarnos todavía más. El pueblo español, que abrazó con entusiasmo la reli-

gión predicada por los Apóstoles Santiago y San Pablo; el pueblo honrado con la presencia de la Santísima Virgen María en carne mortal, orillas del Ebro; el pueblo que selló su amor á la verdad cristiana con la sangre de innumerables mártires, y que sin duda por su ferviente adhesión á la Santa Sede se hizo, según confiesan sus propios historiadores, más romano que los romanos mismos; ese católico pueblo, cuando cayó el imperio de Occidente, quedó envuelto en las ruinas de todo el orbe civilizado. Los que primero invadieron la península ibérica el año 409, suevos, vándalos y alanos, eran gentiles en su mayor parte y arrianos algunos, y arrianos sin excepción los godos que vinieron después. Como vencedores pusieron á los vencidos en servidumbre, y establecieron dos leyes distintas: la suave para ellos, la dura y cruel para los demás. Como herejes ó paganos, la persecución á los católicos era la regla; la tolerancia, mera excepción impuesta por la necesidad.

Tal era el estado de las cosas cuando vió la luz aquel niño destinado por Dios para redimir á los españoles, sentando los cimientos de su libertad civil, y dotando á la Monarquía de la nunca bastante bien apreciada unidad católica.

Los que no se contentan con glorias inmarcesibles, pretendiendo con otras vanas realzar á Leandro, inventaron en el siglo xiii que su padre Severiano fué Duque ó Gobernador de Cartagena. Si el mando se hubiese limitado á la ciudad, el título que le correspondía era el de Conde, y sólo haciendo extensivo el gobierno al ejército ó la provincia podían haberle llamado Duque. Pero ni uno ni otro cargo le confieren los autores contemporáneos, entre los cuales hay que contar á dos de sus hijos: llámante sencillamente Severiano, y sólo de algunos hechos puede inferirse que fué de ilustre familia.

Y aun esta circunstancia se exagera y se oscurece con fábulas destituidas de todo fundamento. Dicen que Severiano fué hijo del rey de Italia Teodorico, y padre de Teodosia, á quien suponen primera mujer de Leovigildo, rey de los visigodos. Nada de esto tiene siquiera viso de verdad.

No descendía Severiano del ostrogodo Teodorico, porque éste no tuvo ningún hijo varón; si aquél lo hubiera sido, habría heredado la corona de Italia, que recayó en hembra por falta de sucesión viril. Pero padre de la primera mujer de Leovigildo, ni lo fué Severiano ni siquiera pudo serlo, porque ésta no se llamó Teodosia, sino Rinchilde, y no fué hija de español alguno, sino de Chilperico y de Fredegunda, de fatal memoria, reyes de Francia.

Otros autores, y tan respetables como el de las lecciones del antiguo breviario hispalense, y D. Nicolás Antonio y el Padre Mariana, llaman Túrtura á la esposa de Severiano. Tampoco es cierto; y para convencerse de ello y comprender de dónde nace el error, basta leer con algún detenimiento el último capítulo del libro de San Leandro, dirigido á su hermana Florentina, religiosa en Écija: «Hija es de la sencillez, dice el Santo, y sin duda de esta primera frase, un tanto conceptuosa, ha salido la equivocación hija es de la sencillez, la que ha nacido de madre Túrtura» (*tórtola*, en el latín de aquellos tiempos). Pero evidentemente no se refiere en estas palabras á la madre natural de su hermana, sino á Túrtura, religiosa maestra espiritual de Florentina en el monasterio, porque añade Leandro: «Ten á Túrtura por madre; considérala como maestra, pues la que todos los días te engendra en el amor á Jesucristo debe ser para tí más querida que aquella de quien has nacido.» — De cuyas razones, y aun del espíritu mismo de todo el texto, se infiere que alude á una monja compañera de su hermana, no á la madre de entrambos según la carne.

Se sabe, pues, el nombre del padre de San Leandro: el nombre de la madre se ignora. Como generalmente se supone á Severiano en grandes relaciones con los godos; como no tenemos motivos para ponerlas en duda, cabe en lo posible que éstas procediesen de la mujer, goda quizás, á pesar del cuidado que tenían todos en no confundir las razas; y aun se puede sospechar que fuese arriana y, como luego veremos, que se convirtió después. Todas estas cosas entraban por ventura en las miras de la Providencia para facilitar el apostolado de San Leandro sobre los enemigos de su religión y de su casta.

Despojando á Severiano del Ducado, de la régia estirpe y de tantos otros oropeles y mundanales pompas de que infundadamente se le ha revestido, quedándole grandes, auténticos, indelebles títulos al respeto y admiración de la posteridad. Fué padre de cuatro hijos, todos cuatro santos y venerados en los altares: San Leandro, San Fulgencio, San Isidoro y Santa Florentina; los tres primeros, obispos, escritores y doctores, y la última fundadora de cuarenta monasterios, y reputada en la historia de nuestra literatura como la primera poetisa de España. ¿Qué

más glorias necesita entre católicos y españoles padre tan afortunado? Dios le bendijo derramando á manos llenas sobre su cabeza el rocío de su divina gracia, los consuelos únicos que pueden henchar el corazón de un padre cristiano.

De aquí ha de inferirse la educación que recibirían sus hijos en el santo temor de Dios y en el cultivo de las divinas y humanas letras.

Pero Severiano era no sólo ferviente y piadosísimo católico, y persona de grande y sólida instrucción, como en las inclinaciones religiosas y literarias de sus hijos se revela, sino además español castizo, y hasta del partido que pudiéramos llamar nacional. Aunque su residencia en tierra de imperiales lo indica, hay todavía un hecho al parecer insignificante que lo pone en claro; á saber: el de los nombres de toda su familia. En efecto, los godos constantemente daban á sus hijos nombres bárbaros para los latinos. Y no hay que atribuirlo á desdén de aparecer romanos; porque imitaban á éstos en el traje y la molición, adoptaban su idioma, su legislación y costumbres; se dejaban subyugar por la civilización de los vencidos; pero como separación de castas tenían siempre alzada la barrera del nombre propio. En cambio los españoles originarios jamás se bautizaban con nombres de sus opresores: regla sin excepción ó que falta muy pocas veces.

Como Leandro era el primogénito y aun precedió bastantes años á sus hermanos, singularmente al gran doctor San Isidoro, á quien había de servir de padre y maestro, Severiano se esmeró en formar el corazón de su primer hijo según el corazón de Dios, imbuyéndole todo linaje de virtudes, y esclareciendo su entendimiento con el estudio de las lenguas sabias y las Sagradas Letras.

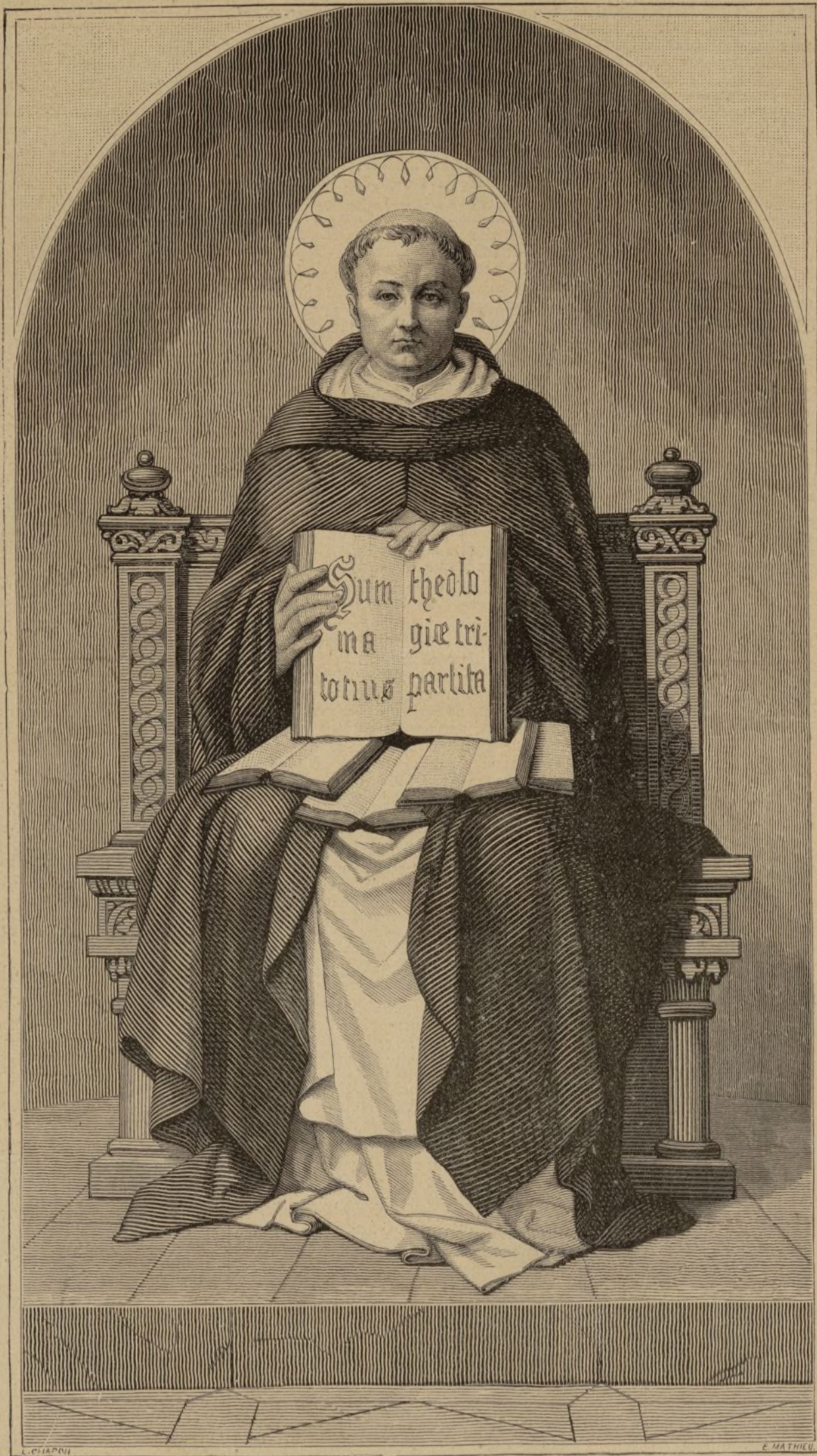
No debían de ser grandes á la sazón los medios de lograrlo en Cartagena. El emperador Constantino había hecho metrópoli de la provincia, elevándola al apogeo de su esplendor. Poco tiempo le duró. El año 411 se apoderaron de ella los alanos, á los cuales se la quitó el rey Walia en nombre de los romanos. Al retirarse los vándalos al Africa la destruyeron, y cuando comenzaba á reponerse sufrió nuevas arremetidas de los suevos, pasando la desdichada ciudad por alternativas de dominio entre septentrionales y bizantinos, en cuyas vicisitudes debió de quedar arruinada y sin grandes elementos de cultura hacia los primeros años de la vida de nuestro Santo.

Pero había otra cosa peor: un pueblo que tan fácil y repetidamente mudaba de amos, dominado tan pronto por unos bárbaros como por otros, y principalmente por la desenfrenada soldadesca imperial, á tan larga distancia de los Emperadores, que residían en Constantinopla, debía de ser de muy malas costumbres, sin freno ni ley, un pueblo corrompido. Así lo dicta el sentido común, y así mismo lo testifica, hasta cierto punto, San Leandro, hablando con su hermana: «No se te pase nunca por la imaginación — dice — el volver al nativo suelo, de donde nunca Dios te hubiera hecho salir si hubiese querido que habitaras en él. Previendo que había de ser útil á tu propósito, te arrancó de allí como á Abraham de los caldeos, y como á Lot de Sodoma.» — Y poco más adelante añade: «Aun cuando nuestra madre hubiese vivido largo tiempo, no habría vuelto á su patria. Así, pues, te suplico, hermana Florentina, que te guardes de lo que tu madre temía, y que evites prudente aquello de que ella huyó como experta.»

Es indudable que nuestro Santo no se hubiera referido en estos términos á Cartagena, á tener mejor concepto de la moralidad de sus habitantes.

Sin embargo, por muy decaída, moral y materialmente, que estuviese la ciudad, había en ella Obispo, siendo probable que al amparo de éste, y bajo la dirección de Severiano, hiciese su primogénito los primeros estudios y adelantase en ellos, y sobre todo en la virtud, siguiendo el ejemplo y los estímulos de tan buen padre. Así transcurrieron los primeros años de la niñez y aun de la juventud de Leandro, hasta que un suceso para nosotros no conocido hizo que Severiano con su mujer y sus cuatro hijos, el último de los cuales debía ser recién nacido, saliese desterrado de la ciudad imperial y se refugiara en Sevilla.

Comunmente se dice que su destierro fué debido á la persecución de los arrianos. No está esto justificado, ni parece siquiera verosímil. Los arrianos en España eran principalmente los godos, pues hasta los suevos acababan de hacerse católicos con la predicación de San Martín Dumiense: católicos eran también en inmensa mayoría los imperiales y primitivos españoles que dominaban en Cartagena, con exclusión de los godos. ¿De dónde venía, pues, la supuesta persecución? ¿Quién la promovía y sustentaba con fuerza poderosa á lanzar de Cartagena á familia tan ilustre y respetable como la de Seve-



SANTO TOMÁS DE AQUINO, ANGEL DE LAS ESCUELAS

COSTUMBRES CRISTIANAS



LA COLECTA PARA LAS FUNCIONES DE SEMANA SANTA EN LA ALDEA

riano? No es verosímil, lo repito, que el destierro fuese motivado por la persecución de los arrianos, que en Cartagena no tenían valimiento, ni parece tampoco regular que, huyendo de los arrianos en una provincia católica, Severiano fuese á otra ciudad donde mandaban los herejes visigodos.

Con este hecho, inexplicable á primera vista, coincide otro no menos confuso y singular: la esposa de Severiano, la madre de cuatro hijos santos, aparece en la historia bendiciendo su destierro y su nueva residencia en Sevilla, donde protesta que quiere pasar el resto de sus días. Hé aquí las palabras que San Leandro mismo pone en su boca: «El destierro me hizo conocer á Dios; desterrada moriré, y allí me enterrarán, donde he recibido el conocimiento de Dios.»—«A Jesús pongo por testigo—añade el Santo—de que tales fueron sus deseos, según recuerdo; de manera que, por largo tiempo que hubiese vivido, jamás hubiera vuelto á su patria.»

De estas palabras, dice el infatigable y eruditísimo Padre Florez, «no se debe inferir que antes le ignorase (el conocimiento de Dios), por cuanto el destierro que padecieron parece deberse reducir á que no asentían al error arriano, lo que entonces se tenía por delito entre los godos; y consiguientemente, la expresión de la madre se puede reducir á que las adversidades temporales le abrían los ojos para conocer los bienes celestiales, abrazando á este fin una vida de más piedad y devoción que antes.»—Se me figura que el famoso crítico agustiniano tiene que violentar un poco el texto para darle tan benigna interpretación. Las frases «el destierro me hizo conocer á Dios...», «donde tu ve ó recibí conocimiento de Dios», significan algo más que acrecentamiento de piedad, aumento de fe, mudanza de vida en el sentido de aspirar á la perfección. Si así hubiera sido, parece que el hijo lo habría indicado, para no dejar caer ni sombra de duda sobre las creencias de la madre. Y mucho más cuando lo de la persecución arriana, en una de las pocas ciudades españolas donde no dominaban los arrianos, tiene trazas de fábula indigna de ser acogida por escritor tan respetable como el Padre Florez. Bien es verdad que el autor, como volviendo sobre sí, añade: «Sino que acaso fué *goda en la sangre y en la secta*, y con las adversidades de la injusta persecución del marido católico la hubiese Dios dado luz para *conocer la verdad*: en cuya suposición se pueden entender *más á la letra* las palabras que refiere de ella San Leandro.»

Me inclino á creer que esto es lo cierto: que la esposa de Severiano fué *goda* y arriana, y que por ella quizá, como antes se ha dicho, resulten justificadas ciertas relaciones de nuestro Santo con los godos, y hasta el parentesco más ó menos lejano que se le atribuye con la familia que reinaba en la Península. No pudiéndose atribuir el destierro á los arrianos, sospecho que este acontecimiento más ó menos voluntario, más ó menos debido á la presión de las circunstancias, fué motivado por los desórdenes de los soldados imperiales, que, viviendo como en una colonia, á muy larga distancia de la metrópoli, entregados á sí mismos y desmoralizados hasta el punto de convertirse en auxiliares de quien más les pagaba, aunque fuese su mayor enemigo, debían mirarse como ofendidos y ultrajados por el buen ejemplo, por la predicación, acaso, de aquel justo que hacía un santo de cada hijo. Es posible que para proceder contra Severiano tomasen pretexto del linaje de la esposa en el caso de que ésta fuese de raza septentrional. Ello es que, desterrado de Cartagena, se fué á Sevilla, ciudad que, apesar de estar sita en la España gótica, era eminentemente ortodoxa, como lo demostró pocos años después al sublevarse contra los arrianos de Leovigildo. Así se explica cómo la madre de San Leandro, contemplando el espectáculo de verdadera fe, de piedad y devoción que le ofrecía la capital de la Bética en contraste con la cartaginense, abrió los ojos á la luz de la divina gracia y llegó al verdadero conocimiento de Dios Nuestro Señor. Así se comprende por qué deseaba ser sepultada en Sevilla y el horror que su patria le inspiraba.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la Divina Providencia lo ordenaba todo para el grande y transcendental suceso que tanta influencia había de tener, no sólo en España, sino en el orbe católico; hecho sobremano glorioso, y para el cual Dios había escogido como instrumento de su misericordia para con nosotros á San Leandro.

Continuó éste sus estudios en la ciudad del Bétis, donde al poco tiempo fallecieron sus padres, cuando el hijo menor, San Isidoro, no había pasado de la infancia. Era natural que muriesen con la pesadumbre de dejar huérfano á niño de tan corta edad; mas no fue así, y expresamente lo dice San Leandro: «Partieron al Señor, y como quedaba Isidoro bajo su amparo y el de los tres hermanos su-

pervientes, partiéronse alegres y nada temerosos por la infancia en que le dejaban.»

Ya hemos visto que el mayor de los hijos de Severiano era Leandro, y esta circunstancia le obligaba á constituirse en segundo padre de sus hermanos menores, y principalmente de Florentina y de Isidoro, á quienes amaba entrañablemente. No se satisfizo con este cariño, de que el mismo Santo da muchas veces testimonio en sus escritos. Amaban los padres al Benjamín de la familia, el glorioso San Isidoro, con más ternura que á los otros hijos, y tanto por esto como por su poca edad, Leandro depositaba en él su amor; pero amor verdaderamente paternal, que se daba á conocer en el esmero con que vigilaba sobre su educación y costumbres. Convirtióse en maestro y director espiritual de sus hermanos, perfeccionando y completando la obra de sus padres; principió desde entonces á ser cabeza del gran renacimiento religioso y literario de España en el siglo vi; de manera que la admirable y copiosa doctrina de sus tres hermanos, su heroica piedad y la de otros muchos santos y escritores de aquel tiempo, se reflejan en Leandro, acrecentando su propia gloria.

Cuando vió á sus tres hermanos bien encaminados; cuando los contempló en terreno firme, Leandro, deseoso de vida más perfecta, y no descuidando su propia salvación por conseguir la ajena, abrazó la vida monástica, no sin dejar á su hermano Isidoro al especial cuidado de Fulgencio y Florentina, y muy recomendado al Obispo hispalense. Ignórase el nombre de este Prelado; pero es posible que fuera Esteban II, á quien nuestro Santo sucedió.

Dos hombres había á la sazón que ardían en deseos de conseguir la unidad religiosa en España: Leovigildo por medio del arrianismo, y Leandro buscando la santificación de las almas en la fe católica. Para lograr sus fines el primero subía al trono, el segundo se sepultaba en un monasterio. Buscaba aquél refuerzo á su espíritu de secta contrayendo segundas nupcias con Goswintha, viuda del rey Atanagildo y no de grandes atractivos personales; pero fanática, feroz, implacable arriana, al paso que Leandro completaba su separación del mundo por el sacerdocio después del monacato. Leovigildo, instigado por su mujer, se declaró perseguidor acérrimo de los católicos; el hijo de Severiano se consagraba á la oración y al estudio en el retiro del claustro, pidiendo á Dios por los enemigos de la Iglesia y buscando en la lección de las Sagradas Letras nuevos argumentos para combatir el error entronizado en la Península. El Rey cifraba en las armas y la astucia los medios de conquistar á los suevos de Galicia y á los imperiales de Cartagena; el monje estudiaba, predicaba y pedía á Dios lo que humanamente considerado parecía un imposible: la conversión de los opresores, y cada vez más fuertes y envalentonados herejes. ¿Quién había de triunfar? El pronóstico, según las reglas de la razón, no era difícil, y de tal manera se inclinaba ésta á favor del poderoso monarca, que el éxito ni siquiera podía ponerse en duda. Y, sin embargo, esta vez, como tantas otras, fallaron la razón y las reglas humanas por haber dispuesto la Providencia que Leovigildo conquistara, en efecto, á los suevos católicos y acabase de arrinconar á los bizantinos; pero que á pesar de Goswintha, de persecuciones y de alguna que otra apostasía como la del obispo Vicente en Zaragoza, ese mismo Leovigildo fuese el último Rey no católico que ocupara el trono hispano. ¡Cuán poderosas son las armas espirituales contra las de la prudencia humana! Admiramos los altos juicios de Dios: la entrada de San Leandro en Religión y la subida de Leovigildo al trono, son dos sucesos que casi coinciden y que conducen, contra todos los cálculos humanos, á la derrota de las ideas con que el primero empuña el cetro, y al triunfo del pensamiento con que el segundo se anega en Dios, huyendo del mundo y de sí mismo.

Hecho monje y benedictino, según la opinión más admitida, sacerdote y abad del monasterio, la fama de sus virtudes, de su vida ejemplar, de su sabiduría y de su apacible y dulce condición era tal que, cuando el año 578 murió el obispo de Sevilla Esteban II, fué proclamado como sucesor á la mitra por el clero y pueblo de la diócesis. El Santo opuso la resistencia propia de la verdadera humildad; pero no había medio de resistir á la voluntad de Dios, que le llamaba para aquel puesto.

Desde él, en efecto, había de obtener con la oración, con la humildad, la caridad y el celo por la salvación de las almas lo que Leovigildo no podía conseguir con el poder y grandeza mundanales, con la más perseverante y astuta política, siendo como era á la sazón uno de los monarcas más grandes de la tierra. Cuando Dios quiere edificar su casa, hasta las piedras que sus enemigos le arrojan se convierten en sillares del edificio.

Sabido es que la Monarquía de los visigodos era electiva; pero, salvando la fórmula de la elección, todos los reyes que tenían tiempo de que disponer y verdadero interés en ser sucedidos por algún individuo de su familia le agregaban al trono y compartían con él el mando, para que la elección se impusiera por el hábito de obedecer y hasta por los intereses creados á la sombra de la autoridad. Así Leovigildo sucedió á su hermano Liuva, y así trataba de que le sucediese su hijo mayor Hermenegildo, dándole por de pronto el mando de la Bética y por Corte á Sevilla, donde quería que se llamase Rey con las insignias, pompa y aparato de la majestad. Era el hijo arriano como su padre; pero se había casado con Ingunta, hija de Sigeberto, rey de Francia. Esta princesa católica, y muy principalmente San Leandro, que acababa de ser nombrado Obispo cuando el joven rey hispalense llegó recién casado á la capital, fueron la causa de su conversión. El Sumo Pontífice San Gregorio Magno, íntimo amigo de nuestro Santo Prelado, lo dice expresamente: «Há poco que el rey Hermenegildo, hijo de Leovigildo, rey de los visigodos, se ha convertido de la herejía arriana á la fe católica por la predicación del reverendísimo varón Leandro, Obispo hispalense, unido á mí por la más estrecha amistad.» En efecto, los esfuerzos, la persuasión y las instancias de la esposa habían sido inútiles hasta que intervino el Obispo, como instrumento de la divina gracia. Había llegado ya la hora marcada por la Providencia para la conversión de los godos, y el Santo, al año de haber salido del monasterio, principiaba á recoger el fruto de sus oraciones y penitencia en el claustro.

(Continuará.)

F. NAVARRO VILLOSLADA.

LA CAPILLA DE LOS CORPORALES DE DAROCA ¹



El día de San Matías Apóstol, 25 de Febrero del año de 1239, por la mañana estaban seis caudillos cristianos para comulgar á vista del castillo de Chfo, que ocupaban los moros valencianos. Eran los jefes Don Jimeno Pérez y D. Hernán Sánchez de Ayerbe, que comandaban las huestes concejiles de las Comunidades de Huesca y Teruel; D. Pedro y D. Ramón de Luna, que comandaban las del señorío de Morata y su potente casa juntamente con los concejiles de Calatayud y su Comunidad, que solían militar juntas, y D. Guillén de Aguilón y D. Simón Carriz, caballeros catalanes, que con sus mesnadas se habían unido desde Valencia á la pequeña hueste ².

De capellán del pequeño ejército iba Mosen Mateo Martínez, cura de San Cristóbal de Daroca. Había consagrado además de la Hostia seis Formas para dar la comunión á los piadosos cuanto valientes caudillos, cuando á deshora sonaron los clarines á rebato y dieron los centinelas y avanzadas voces de alarma. Corrieron todos al punto á salir al encuentro á los musulmanes, y los jefes á ocupar sus puestos al frente de sus huestes respectivas. El capellán, consumida la Hostia, guardó en los corporales las seis Formas consagradas, esperando, como así fué, que, terminada la refriega, vinieran aquellos á comulgar.

Grande fué la sorpresa del capellán y los caudillos cuando, al desdoblarse los Corporales, vieron con admiración y sorpresa bañadas en muy roja sangre las seis Formas consagradas, pegadas al lienzo. Pasados aclamaron el milagro, y después de altercados y sorteos por la posesión de aquel sagrado tesoro, fué Daroca la favorecida por el cielo para conservarlo y tenerlo como el más preciado timbre de sus glorias, no escasas, y blasón heráldico de la ciudad y su tierra.

El día 7 de Marzo de dicho año llegaba el milagroso lienzo con las seis Formas á Daroca, y allí cayó muerta al ir á salir de la población la mula que conducía el arca donde se custodiaba, por lo cual se le depositó en la capilla contigua del Hospital de San Marcos, después convento de Trinitarios.

Más adelante, y para mayor culto, fueron trasladadas á la iglesia Colegial de Santa María, en el centro de la población.

Era esta iglesia muy pequeña, hasta que en 1585 se hizo la obra nueva en la forma que hoy se ve. Por ese motivo, y no haber la mucha gente que acudía á venerar el *Santo Misterio*, como suele llamársele, especialmente en el día del Corpus, se introdu-

¹ Véase el grabado del núm 5.

² Esta es la opinión más acreditada, aunque el magistral Dr. D. Tomás Vouz, en su «Compendio de la Historia de los Corporales», impreso en Zaragoza en 1791, y escrito en lenguaje declamatorio y con escaso criterio, supone allí á D. Berenguer de Entenza.

LOS MONTGOLFIER

DESCUBRIMIENTO DE LOS GLOBOS AEREOSTÁTICOS

(Conclusión)

to la costumbre de sacarle extramuros de la población, donde se mostraba y sigue mostrando al público en dicho día, desde un túmulo de piedra cons-truido á propósito y llamado la Torreta, á la parte oriental de la población. D. Jaime I regaló para custodia de los Santos Corporales una preciosa custodia en que el mérito artístico excede por su elegancia y delicadeza al valor del rico metal de que está formada. Una piadosa tradición sostiene que la noticia de este milagro influyó en el ánimo del Papa Urbano IV para establecer la solemnidad del Corpus Christi, y que desde entonces se exhibe públicamente en dicho día, no llevando en la procesión forma consagrada, sino los Corporales, en que se ven todavía los restos rojizos de las sagradas Formas.

No era de parecer Felipe II se tocara á la fábrica de la antigua aunque pequeña Colegiata, al visitarla y proponerle el proyectado ensanche. «*Bien parece esta antigüedad,*» dicen que respondió, y tenía mucha razón.

Varióse completamente la forma del templo tomando lo ancho por largo, como suele decirse, pero afortunadamente no se tocó á la capilla del Santo Misterio, que fuera un crimen. La antigua iglesia tenía por puerta principal la llamada del Perdón, y enfrente, por altar mayor, el de los Corporales, perfectamente orientado, como en todas las iglesias antiguas. Pero los arquitectos del siglo XVI, perdida ya la noticia mística y ritual de esta disciplina, colocaban el altar mayor caprichosamente, como hacen también los modernos; así que el altar mayor ahora está colocado en dirección al Norte.

La capilla del Santo Misterio es ahora la segunda á mano derecha, entrando por la puerta principal, que mira al mediodía. Es algo oscura, y esto contribuye no poco á infundir en el ánimo veneración y respeto. En tiempo de D. Juan II de Aragón se quitó de allí el primitivo altar en que había una efigie de la Virgen como titular de la iglesia, y se llamaba la Coronada. Antojósele al Sr. Loaisa, arzobispo de Toledo, poco inteligente en la materia, el decir, cuando vino con Felipe II, que era de tiempo de los godos, y dieron por eso en llamarla la Goda¹.

A dar todavía mayor respeto á la capilla contribuye la lindísima portada de tres arcos góticos, lindamente calados y adornados, de cuya descripción prolija nos excusa el grabado que lo representa, en el cual se ven, además de la efigie de la Virgen, destacando en el centro cuatro figuras de Profetas, sobre lindas ménsulas y guarecidos con doseletes al estilo de la época. En los tres nichos correspondientes á los tres arcos se guarecen asimismo: en el del centro la efigie de Jesús en el Calvario, y en los otros dos parejas de ángeles alados que sostienen y muestran, la una los Santos Corporales, y la otra el escudo de las barras de Aragón.

El altar, colocado detrás de esta portada, luce poco, tanto por la visualidad que le quita la portada como por la falta de luz; pero se pierde poco en ello, pues su mérito, aunque hecho por los Reyes Católicos, es inferior al de la portada de D. Juan II. En medio de aquella calculada penumbra brilla el trasparente detrás del cual están guardados, pero sin verse, el Tabernáculo donde se guardan bajo triple llave los Santos Corporales, alumbrados por lámparas que iluminan el cristal como en los altares de las Seos de Zaragoza y Huesca, el de la catedral del Pilar, el de Santa María de Calatayud, y los de otras muchas de Aragón y no pocas de Castilla y Galicia, inclusa la de Lugo, como se averiguó al hacer investigaciones sobre la exposición continua del Santísimo.

Las flechas y la coyunda, emblema de Isabel y Fernando, por sus letras iniciales² marcan la época posterior y ya menos pura en que se hizo este retablo por menos afortunada mano³.

VICENTE DE LA FUENTE.

¹ La tradición sostiene que los godos representaban siempre á la Virgen sentada, en señal de autoridad, como lo están las de Montserrat y otras tenidas por de aquel tiempo. La Coronada no pasa de ser del siglo XVI y del tiempo en que se hizo el altar por D. Jaime I.

² Así lo declara el capitán Gonzalo J. de Oviedo en sus *Quincuagésimas de la Nobleza de España*, diciendo que las flechas en sus monedas aludían á la F de Fernando y el yugo á la I de Isabel con la leyenda: «*Parcere subjectis et debellare superbis.*»

³ Para más detalles pueden consultarse la «*Historia de la ciudad de Daroca*», escrita para el conde de Guimerá en 1629, y publicada en 1878 por D. Toribio del Campillo en un lindísimo tomo en 8.º, y la más artística del tomo de «*Recuerdos y bellezas de Aragón*», por D. José María Cuadrado.

No sería fácil establecer el orden cronológico de los ensayos de los Montgolfier; pero hacía cinco años que celebraban conferencias, observaban, tanteaban, y, por consiguiente, Esteban pudo comprender á las mil maravillas la carta de su hermano, y hacer con tanto mayor interés los preparativos convenientes.

Para hinchar su pequeño paralelepípedo de Avignon, habíase contentado José con el humo producido por el papel quemado; pero después en Annonay, donde ambos hermanos reprodujeron secretamente el experimento en casa de su amigo Bollioud, con la esperanza, según se ha dicho, de obtener un gas que tuviese propiedades eléctricas, habían creído más acertado recurrir á una mezcla de lana y de paja humedecida.

¿Es esto rigurosamente exacto? ¿Creyeron ellos haber producido el nuevo gas que el año siguiente fué llamado en París momentáneamente *el gas Montgolfier*?

De todas maneras, siempre resultará que, á pesar de sus esfuerzos, el rumor de sus ensayos habíase propagado, y que la estúpida malevolencia de ciertas gentes transformó en sortilegios sus tentativas científicas. Estos rumores llegaron á Vidalón; y si se ignora de qué manera fueron acogidos por el severo Pedro Montgolfier entonces, ya de ochenta años, no es dudoso que la amable reputación de hechiceros provocó chistes, á los cuales complacióse en unir los suyos la ingeniosa compañera de Esteban, Adelaida Brum, de Viena, encantadora mujer, cuya facundia y estilo permiten que se la compare con Madame de Sevigné.

Nadie es profeta en su patria, y mucho menos en su familia; pero hasta este momento es indudable, ó la duda cede lugar á la evidencia, que familia ó patria exaltan á quien puede más el triunfo definitivo.

El pequeño saco de tafetan de ángulos rectos (que contenían dos metros cúbicos de aire) habíase elevado ni más ni menos que la famosa camisa, como se había elevado antes la tapadera de papel, según la deliciosa historia! ¿Sería necesario por cosa de tan poca monta hacerse quemar vivos?

Esteban habló de nubes, y su mujer Adelaida interrumpióle diciendo:

—Magnífico, ¡cátalos en las nubes!

Y cada cual decía su chiste. Refánse á más y mejor, pasando de un extremo á otro con placentera locura. Comprendiéndolo todo al revés los criados, se convertían en relatores de todas estas bachelerías; los dependientes tomaban parte en ellas, y el rumor popular hizo desde entonces un camino enorme.

Distraído José, nada escuchaba ni entendía; pero su mujer, que lo observaba tiernamente, hubiera podido decir que calculaba. Aislado en medio de las carcajadas, acababa de decidirse por la forma esférica, de resolver la cortadura de las cuerdas, y de determinar en su imaginación las dimensiones y modo de construcción de un globo que midiese 20 metros cúbicos, el cual, á pesar de los pesares, no tardó en demostrar la realidad del fenómeno.

Habíanse instalado en casa del amigo Bollioud, sobre el terraplen de Brigieux que domina todo el estanque de Annonay. Obsérvelo quien quiera: la lana y la paja húmeda producían una columna de espeso humo que hinchaba el gran saco sujeto con cuerdas, el cual se redondeaba y se mantenía recto con tendencias á elevarse. Súbitamente la fuerza ascensional rompe ó arrastra las ataduras, el globo se escapa, sube y se eleva á una altura de más de 300 metros. Los espectadores prorrumpen en grandes gritos y aplausos.

—Efecto del humo, ¡aquí no hay sortilegio que valga! dice Adelaida con la sonrisa en los labios.

Todos los hermanos de José, todos los amigos de entrambos colaboradores, dan á la muchedumbre deslumbrada explicaciones análogas: es fácil demostrar que ninguna parte tiene en esto el demonio.

—¡Diablura maligna! replican todos.

No obstante, empujado por la brisa aléjase el globo, se refresca, y al cabo de diez minutos va á caer en un coto vecino, donde se precipita la muchedumbre.

Menos conmovido que nadie, temiendo ya, como tantas veces lo manifestó, que nunca se consiguiese dar dirección á los globos, miraba José, buscaba y pensaba seguramente en el paracaídas, del cual, sin duda alguna, fué uno de los primeros inventores.

En efecto; cierto día arrojóse de lo alto de su

morada en Annonay, hoy casa Gard-Deglesne, y conforme á sus cálculos, llegó fácilmente á tierra. Debe suponerse que la prudente Teresa se opuso á la repetición de este osado experimento.

Sabido es, por otra parte, que algún tiempo después, hácia el año 1779, hallándose en Avignon, y en presencia del vicelegado, hizo descender sin el menor accidente á un carnero arrojado de lo alto de las torres del palacio.

El barón de Gerardo asegura además que los primeros globos aereostáticos elevados en Vivarais iban provistos de paracaídas. Nada menos probado.

Como quiera que sea, Esteban y José, hartos avanzados ya en este camino, cedieron á la presión de sus parientes y amigos. El 3 de Abril; un viento impetuoso habíase opuesto á su tentativa; pero el 25 tuvo un feliz y completo éxito. Debiendo reunirse en Annonay los Estados particulares de Vivarais en el mes de Junio, ambos hermanos construyeron, pues, un nuevo globo, relativamente gigantesco, de doble tela de papel: tenía más de 35 metros de circunferencia.

El 5 de Junio de 1783, fecha para siempre memorable, porque á partir de aquel día nadie tuvo ya derecho para asegurar que «*Es imposible en todos sentidos que un hombre pueda elevarse, y ni aun sostenerse en el aire*», en presencia de una muchedumbre que había acudido de 20 leguas en contorno, los hermanos Montgolfier dijeron á los miembros de los Estados:

—Vamos á llenar este gran saco de un vapor que sabemos hacer, y le veréis elevarse hasta las nubes.

Verificóse el calentamiento: solos dos hombres bastan para hinchar la esfera que otros ocho retienen hasta dar la señal de soltarlo todo, la cual se da al sonar las doce. Triunfo y clamoreo de sorpresa y entusiasmo; parte el globo del primer patio del convento des Cordeliers, sube rápidamente á una altura de cerca de 1.000 toesas, recorriendo á impulsos de una débil brisa 1.200 en el espacio de diez minutos, y desciende después tan lentamente que, habiéndose detenido sobre una viña, no sufrió el menor desperfecto.

Estaba lloviendo, y la pérdida del calórico por los agujeros de la aguja había sido considerable. No por eso era menos cierto este triunfo alcanzado sin precedentes. Francia entera se conmovió con él, y en París, donde tanto se hablaba de elevarse por los aires con motivo de los ensayos de Blanchard, hizo furor esta noticia. Y no siendo posible ya la duda, grita Lalande con toda la fuerza de sus pulmones:

—Es muy sencillo elevarse en virtud de un peso específico. Esto debía ser así, ¿cómo no se habrá pensado antes en ello?...

Poco tiempo después fueron llamados á París los hermanos Montgolfier, á fin de que repitiesen allí sus experimentos á expensas de la Academia.

Las impresiones que este hecho había de producir en la familia, debían ser muy diferentes.

—¡Mucho ruido y pocas nueces! dijo el modesto José muy tímidamente.

En la necesidad de presentarse en un mundo tan diferente de aquel que tanto le gustaba, retrocede y llénase de espanto ante la idea de ser presentado al Rey y á la Corte.

—¡Qué figura haría allí mi pobre marido! piensa Teresa, tranquilizándole con una de aquellas sonrisas que le encantan y consuelan, mientras la impetuosa Adelaida exclama:

—¡Confío en que Esteban no vacilará! El sabe cuanto se necesita saber; habla y escribe á las mil maravillas; en nada encuentra dificultad. Ea, amigo mío, marcha al campo de batalla á ganar espuelas para todos nosotros.

—¿Querrás decirme, hija mía, de qué espuelas nos hablas? preguntó el respetable Pedro Montgolfier.

—Pues de nuestros títulos de nobleza, querido padre. Yo creo que nuestro globo ha subido á bastante altura para ser merecedor de la más alta recompensa.

—¡Locuela! dijo Agustín; no cesaba de burlarse de nuestros valientes inventores, y cácala aquí más ambiciosa que nadie.

—En cuanto á mí atañe, dijo Esteban, ¡en verdad que no iré á París sin que me acompañe José! El mérito es sólo suyo, no quiero ni debo hacer nada que no redunde en su honor.

—¡Muy bien dicho! exclaman á la vez todos los hermanos y parientes, excepto José, fraternalmente conmovido.

—¡Pero, querido hermano, dice Teresa, si el mismo José te ruega que vayas solo, si yo por mi parte te lo suplico, si todos nosotros te lo pedimos, como lo exige tu Adelaida, y, finalmente, si nuestro amado padre te lo impone como un deber...

Por un arranque irresistible todos siguen la huella que Teresa les ha trazado.

—¡Marcha, y bendito seas! dice el patriarca de Vidalón, mientras que José apretaba la mano de su amadísimo colaborador, que la petulante Adelaida sonreía delicadamente, y que Teresa, como mujer práctica, secundaba las miras y los medios con Juan Pedro, quien envió á pedir una silla de posta para el siguiente día al amanecer.

El día siguiente, pues, debía ser el de la marcha. —¡Feliz viaje, triunfo y pronto regreso!

José acompañó á su hermano hasta el primer relevo, de donde regresaría á pie meditando é inventando según costumbre.

¡Sobre todo prudencia! había dicho diferentes veces; nuestro reciente invento no se halla bastante perfeccionado; ha habido en ello hasta precipitación; tal vez encuentre yo para ella nuevos recursos.

Abrazáronse tiernamente ambos hermanos. Esteban iba á poner de manifiesto la concepción de entrambos, y debía desempeñar su papel de manera que mereciese para siempre el afecto de todas las personas honradas.

Al poner pie en tierra en París el 27 de Agosto de 1783 por la mañana, la capital de Francia hallábase en todo y por todo conmovida. La muchedumbre se precipitaba hácia el campo de Marte, donde debía elevarse el primer globo aereostático hinchado de aire inflamable.

No se había esperado á los inventores. Faujas de Saint-Fond, profesor del Jardín de las Plantas, abrió una suscripción, cubierta instantáneamente. El sabio físico Carlos se encarga de construir un globo como el de Annonay. Ignorando en qué consiste el gas Montgolfier, piensa en otro gas catorce veces y media más ligero que el aire, descubierto en 1766 por el inglés Cavendish, y cuyas propiedades son perfectamente conocidas desde el año 1777. Con el concurso de los hermanos Robert ha mandado construir un globo de tafetán bañado de caoutchouc, menos permeable que la cubierta que los hermanos Montgolfier habían ensayado momentáneamente.

Hasta entonces, el hidrógeno sólo había sido producido en los patios públicos y en cantidades mínimas. Carlos improvisó el arte de construirlo de un volumen de más de cuarenta metros cúbicos, viniendo rápidamente innumerables dificultades.

Su globo de doce pies y dos pulgadas de diámetro, en parte hinchado primero en la calle de Nuestra Señora de las Victorias, fué llevado de noche por las calles de París hasta el campo de Marte, y acabó por ser hinchado completamente. A las cinco se dió por medio de un cañonazo la señal de elevación. Abandonado á sí mismo el globo, elevóse en dos minutos á una altura de más de 1.000 metros, ocúltase bajo una nube, reaparece momentáneamente á inmensa altura, se ve como un punto casi imperceptible, y deja á la muchedumbre poseída de entusiasmo.

Carlos y los hermanos Robert han dirigido las maniobras: Blanchard renuncia decididamente á elevarse con el solo auxilio de sus alas. En cuanto á Lalande, sólo á él se ve y se oye; va, viene, perora: ¿quién no le creería autor del arte de elevarse por el aire?

Pero Esteban, que apenas se apeó de la silla de postas siguió á la muchedumbre perdido entre sus últimos grupos, experimenta la más penosa emoción que inventor alguno haya podido nunca sentir.

—¡Cómo se entiende! ¿Otros ponen ya en práctica las ideas de José y las suyas? ¿Habría quien se atreviese á usurpar su gloria?

Adelántase, da su nombre, y ¡cosa increíble, que debía llenar de indignación á todo París! se le prohíbe la entrada en el recinto. Esto era injusto, odioso, capaz de traspasar el corazón.

—¡No, nada temas, la Academia de Ciencias cuenta contigo, el Rey es justo, yo me pongo á tus órdenes! — le dice aquella misma noche su amigo Reveillán, dueño de la fábrica de papel pintado del arrabal de San Antonio.

El globo de Carlos había ido á difundir el espanto en la parroquia de Gonesse, y éste fué el lado ridículo de la historia. Destrozado por la dilatación del gas, el mónstruo, al cual no se atrevían á acercarse los labriegos, recibió del más osado del grupo un tiro de escopeta, aplomóse más, y después, atravesado á golpes de horquilla, fué furiosamente hecho pedazos.

Lo que dijo Reveillán, confirmase punto por punto. Esteban recibe donde quiera la acogida más entusiasta, y al punto construye un magnífico globo de 60 pies de alto y 40 de diámetro, el cual, el 12 de Setiembre por la mañana, será hinchado, según el primer sistema, con el humo de una mezcla de paja y lana.

La prueba tuvo un resultado satisfactorio; pero el globo que debía ser solemnemente experimentado

el día 19 en Versalles, en presencia del rey Luis XVI, quedó inutilizado por los torrentes de lluvia. En seis días Esteban y sus amigos improvisan otro; éste es un milagro, y milagro es también el talento y la presencia de ánimo de que dió Esteban prueba, para que, á pesar de las graves averías que sobrevinieron en el último momento, no sufriese el experimento retraso alguno. La ascensión obtuvo un completo triunfo.

Cuando después descendió el globo aereostático en los bosques de Vaucresson, un joven é intrépido sabio, Pilatre de Rozier, que había llegado de los primeros á aquel lugar, manifestó al punto su propósito de elevarse á lo Montgolfier. Teniendo en cuenta los consejos de José, Esteban recomienda la prudencia. Pilatre hace ensayos en globo amarrado; y el mayor de Arlandés, su amigo, arranca del Rey la deseada autorización.

El 21 de Noviembre, Pilatre de Rozier y él realizan con extraordinaria osadía y sangre fría el primer viaje aéreo, encendiendo un gran fuego bajo su esfera de tela.

De esta manera se anticipan considerablemente á Carlos y á los hermanos Robert, que habían anunciado, inmediatamente después de su experimento del 9 de Agosto, que construirían un globo de seda que debía llevar dos viajeros.

El 1.º de Diciembre estuvieron ya prontos á la lucha entre las dos escuelas, la de los globos de fuego, ó Montgolfieros, y la de los de aire inflamable, ó Carlinos, perfectamente cortés, entre sus dueños por lo menos; la plaza de honor aquel día fué ofrecida á Esteban Montgolfier.

Con un globo-correo en la mano adelántase Carlos hácia él: «¡A usted, le dice, corresponde enseñarnos el camino de los vientos!»

Todos comprenden la delicadeza de la alusión, y en medio de aplausos cien veces merecidos ocupa Carlos su lugar en la navicilla con uno de los hermanos Robert.

Las dos menos cuarto fué la hora en que los dos aereonáutas ejercitaron la primera de las maniobras concebidas por el hábil físico, arrojando diez y nueve libras de lastre; roto el equilibrio, el globo hinchado en el jardín de Tullerías despréndese de la tierra, y con velocidad extrema se eleva hasta 300 toesas de altura. Carlos observaba su barómetro: debía distinguirse por una maravillosa destreza científica.

Su viaje aéreo fue bajo todos conceptos notable: un primer descenso, una segunda ascensión de cerca de 3.000 metros que realizó solo, partiendo aquella vez de las llanuras de Nesles, son títulos que debe admirar el mundo entero.

Según las conclusiones de la Memoria dirigida á la Academia de las Ciencias por una Comisión de hombres distinguidos, con fecha 23 de Diciembre de 1783, el premio señalado al fomento de las ciencias y las artes fué concedido á los hermanos Montgolfier. En la sesión del día 10 les había sido ya concedido el título de socios supernumerarios, no sólo á ellos, sino á Carlos, Roberto, Pilatre de Rozier y al marqués de Arlandés. Al mismo tiempo extendiéronse las mercedes reales á todos los cooperadores del nuevo invento; señaláronse pensiones; concedióse á Esteban la Orden de San Miguel; José fué pensionado con 1.000 libras y acuñóse una medalla en honor de los hermanos Montgolfier, que, finalmente, recibieron la más alta, distinguida y tierna de las recompensas: su anciano padre quedaba ennoblecido.

La festiva y locuaz Adelaida fué, pues, la profetisa de la dicha.

Hecho único en los fastos nobiliarios: la distinción que por aquel tiempo era más estimada que todas otras, se remontaba á toda una generación. Las cartas de nobleza lo atestiguan así:

«Esto será recompensar dignamente á la vez los trabajos del padre y el precioso descubrimiento de las máquinas aereostáticas, debido completamente á los conocimientos y á las investigaciones de sus dos hijos.»

Tal es la historia de los magníficos comienzos de la aereostática, la cual por una especie de milagro no fué oscurecida por ninguna clase de accidente. Las temeridades se transformaron en pruebas. Pilatre de Rozier y el marqués de Arlandés exponen su vida con un arranque tan francamente francés, que apenas se atreve uno á calificarlo de locura; é afortunado Carlos, con su ciencia y hábil sangre fría, lleva á cabo la conquista; el triunfo es presagio de nuevos triunfos, y todos los honores se tributan á los Montgolfier, cuya modestia todavía sobrepaja á su mérito.

En Enero de 1784 llevó á cabo José en Lyon la memorable y peligrosa ascensión del *Flesselles*, que sólo con grandes riesgos llegó á la confluencia del Saona y del Ródano. Después de haber corrido el

riesgo de sumergirse en el río, fué después empujado el globo hácia los pantanos de Genisseux, y concluyó por llegar á tierra pesadamente, no sin daño para los viajeros aereos.

Señalóse después José de vez en cuando por medio de numerosos inventos que atestiguan su ingenio, y con una conducta heroica durante los turbulentos días de la Revolución, exponiéndose á los mayores peligros á fin de salvar proscriptos de los partidos declarados sucesivamente fuera de la ley. El respetable Pedro de Montgolfier, que había nacido el año 1700, murió en el de 1793. Su hijo Esteban, que había envejecido antes de tiempo, debía seguirle á la tumba á la edad de cincuenta y cuatro años: murió en Serrières el 2 de Agosto de 1799, es decir, una semana después del 26 de Julio, día en que el Sr. Lalande, de acuerdo con el aereonáuta Blanchard, objeto en otras ocasiones de sus burlas, realizaba por último su pequeño paseo aéreo en busca del medio que no pudo encontrar: de dar dirección á los globos.

En esta materia llegó José á adquirir el convencimiento de que la única solución del problema consiste en aprovecharse de las corrientes de aire que sean favorables. Débese, no obstante, á su talento diferentes ingeniosos proyectos, que nunca llegaron á ponerse en práctica. Privado de la utilísima ayuda de su hermano Esteban y bondadoso como lo era, dejó transcurrir harto tiempo bajo el dominio de su fecundo descubrimiento, demasiado exaltado tal vez en su origen, infinitamente demasiado desdenado más tarde, pero del cual muchas y muy considerables ascensiones científicas y los servicios prestados por los globos durante el sitio de París, demostraron superabundantemente la importancia. Por lo demás, este invento confundió á los que negaban la funesta variedad de Lalande y sirvió para fortalecer la fe de los hombres que anhelan los grandes progresos de la humanidad.

José de Montgolfier contóse en el número de éstos. Sus trabajos, sus actos apenas indicados sumariamente en la presente reseña, atestiguan á un tiempo mismo su ciencia, su trascendental mérito y su noble corazón: era completo su desinterés, llegando su abnegación hasta el extremo de olvidarse de sí mismo. ¡Ah! ¡Cuánta necesidad tuvo esta alma privilegiada de un guía tutelar para las cosas terrenales! Teresa Filhol fué, como lo había deseado hasta el fin de su vida, este ángel de la guarda.

Después de haber sido administrador del Conservatorio de Artes y Oficios, y condecorado en 1805 con las insignias de la Legión de Honor; después de concebir con algunos de sus amigos, como el barón de Gerardo, concibió la primera idea de la Sociedad del Fomento de la Industria. José además fué nombrado, como es sabido, miembro del Instituto, y mereció por su ariete hidráulico el gran premio concedido, en virtud del decreto de 28 de Noviembre de 1809, al inventor de la máquina más importante para las artes y manufacturas.

Al verificarse la distribución de los premios en las Tullerías, oyó decir al emperador Napoleón: «¡Cómo, vive aun Montgolfier!» Pero, como ya lo habrá comprendido el lector, lejos de atreverse á manifestarse, se eclipsó.

Pocos meses después, el 28 de Junio de 1810 y á la edad de setenta años, este hombre ilustre dejaba de existir á consecuencia de un ataque apoplético, en las aguas de Balaruc, legando á su familia la gloria de un nombre sin mancha, á la Francia el fruto de su talento y al mundo el ejemplo de todas las virtudes.

G. DE LA LANDELLE.

LA RAMA DE CORAL

NOVELA HISTÓRICA DE ENRIQUE DE CAUVAIN

XVIII

Habían dejado hacía ya veinte minutos las playas de Frégastel y se adelantaban hácia Plouisic empujados por una fuerte brisa, cuando saltó de pronto el viento y los arrastró á la alta mar.

Palideció el viejo piloto bajo su máscara tostada; María Ana parecía que no se daba cuenta del peligro. Sin embargo, muy pronto el ligero vapor que habían notado en el horizonte al momento de la partida subió rápidamente y se extendió encima de sus cabezas. Las aves marítimas tomaron un vuelo irregular y más rápido; se sumergían en el agua, sacudían sus plumas y daban gritos agudos. El mar se encrespó; el cielo, que hacía un momento estaba de un azul tan brillante, se puso poco á poco gris, después gris de hierro, después color de bronce. En

menos de cinco minutos se había obrado esta brusca transformación. Se hubiera dicho que había echado de pronto una cortina de crespón sobre la bóveda límpida del firmamento una mano invisible.

Las olas blanquearon, la mar se puso sombría y agitada, grandes gotas de lluvia caían sobre la vela del barco de Pioux, pero sin refrescar la atmósfera, que quedaba ardiente y pesada.

Al fin se oyó un trueno sordo y prolongado anunciando el principio de la tempestad.

María Ana echó una mirada inquieta sobre su compañero. Era experimentada en cosas de mar para prever el peligro que la amenazaba. Había ido muchas veces de Frégastel á Plouisic, y pudo fácilmente enterarse de que el barco, arrastrado por una fuerza superior, se había desviado de la línea recta y tendía á tomar la mar adentro.

Pioux estaba sentado de lado en su banco, y había echado sobre sus ojos su gran sombrero de hule para esconder á la joven la emoción que sentía. Su vida solitaria le había acostumbrado á pensar alto y murmuraba á media voz, pero sin que María Ana pudiese oírle:

— ¡Vamos, esto está concluido; ya está aquí la turbonada! ¡Quién hubiera podido pensar que viniera tan pronto!... ¡Maldito viento! Nos lleva mar adentro sin que podamos hacer nada. ¡Caramba! Voy á tomar de todos modos dos rizos de la vela... á fe mía ¡no! tomaré tres, es más prudente: ¡no estoy solo!... ¡Pobre chica, qué miedo debe tener! No dice nada, sin embargo, y no me atrevo á volver... ¡Con tal que no grite, que no llore! ¡No hay nada que entorpezca más la maniobra que los gritos de una mujer!...

De pronto soltó un gran juramento, y volviendo la cabeza:

— ¡Tunante de muchacho! gritó al grumete, que estaba sentado en el timón; ¿qué haces? ¡la caña del timón á estribor! ¡la caña del timón á estribor! ¿oyes?

— No puedo, patrón, respondió el pobre chico con voz ahogada. La he vuelto cuanto he podido, pero el barco no obedece ya; vamos á la derribada.

El entrecejo del piloto se contrajo de un modo espantoso.

Un segundo trueno conmovió los aires, más cercano, más estridente. El viento sopló en las cuerdas del barco é hizo crujir el mástil. Nubes de espuma, levantadas por la delantera del barco, vinieron á azotar con fuerza el rostro de los tres pasajeros.

El piloto tomó una cuerda que estaba sólidamente amarrada en el borde del barco, y se la dió á María Ana:

— Tomad, señorita; dijo él, daos vueltas en la muñeca con ella... esto es lo más prudente con un viento como éste... Caramba. ¡qué valiente es! continuó para sí volviendo á su sitio.

En efecto, á pesar del terrible espectáculo de la tempestad que se desencadenaba, María Ana parecía que conservaba toda su sangre fría. Sin embargo, observando de cerca el rostro de la joven hubiera sido fácil ver que esta calma no era sino aparente, y que la pobre niña hacía los mayores esfuerzos para vencer el terror, que poco á poco la dominaba. Sus pálidos labios murmuraban alguna oración, todo su cuerpo se estremecía, sus ojos estaban llenos de lágrimas prontas á derramarse; pero las contenía con una admirable fuerza de voluntad, de temor de aumentar aun más la turbación de sus compañeros. El piloto continuaba su aparte:

— Caramba, ¡si yo estuviese sólo no temería nada; he visto muchas otras, y gracias á Dios mi barco es sólido!... ¡Con tal que este pícaro viento no cambie aun otra vez!...

Nos veremos libres por un paseo en alta mar; esto será todo. Pero si cambia, estamos aviados... iremos á hacernos pedazos contra el Terrible. ¡Pobre niña! añadió lacónicamente el buen hombre, pensando en María Ana.

Se pasaron aun diez minutos. El trueno gruñía ahora sin interrupción, la lluvia caía á torrentes, reinaba en el mar una oscuridad completa. A cada momento, enormes olas golpeaban la pequeña embarcación y amenazaban sumergirla. Pero, como lo había dicho Pioux, era sólida y bien construida; podía resistir aun mucho tiempo el esfuerzo de una tempestad. El viejo piloto había tomado una escudilla de madera, y vaciaba precipitadamente el agua que empezaba á subir en el interior de la barca á la altura de medio pie, cuando de pronto un crujido del mástil le hizo levantar la cabeza bruscamente. Se puso lívido, sus ojos rodaron en sus órbitas como si algún espectáculo horrible se hubiese ofrecido ante su vista.

Dió un grito que parecía un aullido de coraje, y se echó al timón. El viento acababa de cambiar otra vez, y el barco también había mudado su dirección.

— ¿Qué hay? preguntó María Ana con voz ahogada.
— ¡Lo que hay, lo que hay! respondió Pioux lívido de cólera más bien que de temor... ¡Y bien! prefiero avisároslo. Sois valiente después de todo, y no teméis la muerte...

— ¡La muerte! repitió María Ana trastornada. Pioux... ¿es la muerte?...

— Lo temo, señorita María Ana, respondió el viejo piloto arrugando el entrecejo.

¡Rogad mucho á Dios por nosotros!

La joven se acercó al anciano, y le tomó el brazo, que apretó con fuerza:

— Pioux, dijo ella con lágrimas en la voz, ¡por culpa mía os habéis expuesto á este horrible peligro!... Pioux, os pido perdón de rodillas...

— ¡Bah, por tres ó cuatro malos años que me quedan de vida! dijo el anciano lobo de mar alzando los hombros. Una sola cosa siento: ¡es el haber traído á este pobre niño!

Y señalaba con el dedo al pobre grumete, que se cogía lívido de miedo al timón.

— Se morirá su madre, dijo María Ana, cuyas pálidas mejillas estaban inundadas de lágrimas. ¡Santísima Virgen! ¡Santísima Virgen! ¡tened piedad de nosotros!

— Ella únicamente puede socorrernos, señorita, contestó Pioux santiguándose.

¡Somos arrastrados hácia el Terrible, estamos perdidos!

— ¡Ah, nos hemos salvado! gritó María Ana levantando con orgullo la cabeza radiante de esperanza. ¡Nos hemos salvado! repitió con voz muy clara. Poned el timón hácia el Terrible, Pioux; volvemos la espalda al campanario de Frégastel, ¿no es verdad? ¡derechos á la roca!

El anciano marinero la miró atónito y se torció las manos desesperado.

Pero María Ana parecía transfigurada. Separó con fuerza al viejo piloto, y se echó al timón. Su mirada, brillante de energía, se sumió en las tinieblas. En este momento un gran relámpago, rasgando la nube, vino á traer un poco de claridad á la sombría noche. María Ana divisó á incierta claridad la flecha de Frégastel; dió resueltamente un fuerte empuje al timón. El barco se inclinó y, saltando sobre las olas, se precipitó con increíble rapidez sobre la gigantesca cordillera.

(Se continuará.)

HIGIENE RURAL



cuanto más importantes son los conocimientos humanos, con tanto mayor desdén parece que son mirados por la generalidad.

En la ciudad y en la aldea, en el palacio y la cabaña, donde quiera que vive el hombre, siente el deseo de ser feliz; en todas partes, y siempre, anhela disfrutar de los bienes inefables que dan la salud del cuerpo y la paz del alma. Y, sin embargo (¡fenómeno extraño!), nada más desatendido que «la higiene», que es el arte de conservar la salud y prolongar la vida; nada más olvidado que «la moral», que es la higiene del alma.

Cierto que muchas personas doctas han comenzado á mirar la higiene con todo el interés que su importancia reclama; que en Congresos y Academias, en libros y periódicos se procura el ensanche y la difusión de sus conquistas; pero también es indudable que no pocos de sus mismos cultivadores son los primeros en no practicar sus enseñanzas, y, sobre todo, que los beneficios de éstas apenas si los disfrutan más que las grandes capitales, en esto, como en todo, privilegiadas, con lo cual la población de los campos queda en esto, como en todo, desatendida.

Y eso que la población rural es la más numerosa en España, y que, si á ella le falta vida próspera y fecunda, no podrá ser muy rica la vida de las ciudades.

Bueno, necesario es que se procure el saneamiento y la mejora de los grandes centros, pero... ¿es acaso menos urgente y transcendental mirar por el adelanto y la higiene de las aldeas? ¿Reunen éstas, por ventura, condiciones tales que no haya por qué pensar en reformarlas? ¿O son, por el contrario, malsanas y detestables habitaciones, que á todo trance es preciso modificar radicalmente?

Cuando se recorren los pueblos y las aldeas de nuestras provincias del Centro y del Noroeste sobre todo, entrístese el ánimo al ver la mala distribución y la pequeñez de los edificios, la falta de amplitud de las calles, las desigualdades y suciedad del suelo, en una palabra, la ausencia completa de todas las condiciones de salubridad y comodidad, que hacen amable el lugar y la casa que nos vio nacer.

Ni un árbol en muchas de ellas que refresque y purifique la atmósfera, ni fuentes de aguas cristalinas que puedan ser impunemente utilizadas para los usos domésticos, ni empedrados que faciliten las corrientes de las aguas; nada, absolutamente nada de cuanto la higiene aconseja para la formación de los pueblos se encuentra en ellas, no siendo raro, por el contrario, verlas, ó al azote de las intemperies en medio de los páramos, sin abrigo alguno, ó privadas hasta de la vivificadora influencia de los rayos solares, por estar escondidas en sitios bajos, en barrancales profundos, y muchas rodeadas de aguas estancadas é inmundas lagunas.

Y si el conjunto de las poblaciones rurales aflige, ¿cuántas más tristes ideas no despierta en el ánimo el exámen de las partes, y el interior repugnante y sombrío de sus casas? Pequeñas y de barro, ó de piedra sin labrar; bajas, sin techos dobles, sin compartimientos para las distintas necesidades de la vida doméstica; sin ventanas para que la luz del sol y las corrientes del aire las purifiquen; sin dormitorios capaces y aislados, como demandan á una la moral, la higiene y el pudor; con corrales mal empedrados y llenos de estiércol que, al retener las aguas, forman un suelo muy húmedo, las casas de las aldeas reciben continuamente la metafísica influencia de miasmas peligrosos, y más que habitaciones dirigidas por la inteligencia para vivienda del hombre civilizado y cristiano, parecen aduares de tribus nómadas sin cultura y sin comercio fraternal alguno.

Es, pues, necesario que á la reforma de la agricultura y al adelanto de los intereses se una ó, mejor, proceda el adelanto más capital de todos, el de las construcciones, porque la casa es el lugar donde más puros goces puede disfrutar la familia, como centro de las más legítimas alegrías, asilo y remedio de pesares, y nido de los castos amores.

Hacer amable el hogar debe ser, por tanto, el primero de nuestros cuidados.

No hay don máspreciado en la vida que el don de la salud; sólo el desgraciado que la pierde conoce bien su inestimable valor; luego si la salubridad y la comodidad de las casas contribuye muy principalmente á su conservación, ¿cuán importante no será que reunan las condiciones adecuadas esas condiciones que, según hemos indicado, les faltan?...

Prescindiendo del sitio que deben ocupar las poblaciones, asunto importantísimo del cual fuera impertinente, por lo inútil, tratar aquí, es preciso repetir á los labriegos que las casas deben elevarse sobre el nivel de las calles, y tener al mediodía huecos suficientes en relación á la capacidad de las habitaciones, y con puertas que puedan abrirse y cerrarse, según convenga, en los calurosos días del verano y cuando el cierzo y la lluvia azote las viviendas, que no pueden ser saludables si no tienen el suficiente aire, y la luz y el sol suficientes.

Es necesario inculcar á los aldeanos que las casas se limpien todos los días; que las paredes estén blanqueadas interiormente; los pisos embaldosados ó entarimados y enjutos, y los dormitorios espaciosos y en número proporcionado á la familia, porque, si no, se vicia el aire en ellos con facilidad.

¡Ah, y cuánta falta hacen en nuestras miserables aldeas estos indispensables compartimientos!... Durmiendo en un mismo local, cuando no en una misma cama, padres é hijos, éstos, no sólo se crían entecos y enfermizos, sino que también son desgraciados testigos de las escenas de la vida matrimonial, que debieran estarles vedadas; porque ellas despiertan en su tierna imaginación ideas prematuras de curiosidades criminales, que debieran dormir por mucho tiempo en su inocente corazón. ¡Qué horrible costumbre! Es preferible que un niño ya grandecito duerma solo sobre una estera, ó sobre un fardel con paja, que en una cama, con dos ó más hermanos de distinto sexo ó de mayor edad, en la misma habitación que sus padres.

Otra muy principal habitación en las aldeas que merece llamar la atención especialmente, es la cocina. Si se exceptúan las llamadas «glorias», en Campos, las cocinas de los pueblos son, en general, pequeñas ó destartadas, oscuras, de piso de barro y desigual, de paredes negras, en las que cuelgan en repugnante mezcolanza ropas y cecinas, y abiertas completamente ó sin ventilación ni chimenea, y por tanto, llenas comunmente de un humo denso que daña el pulmón y la vista; por lo cual la cocina, lugar predilecto en la casa para las gentes del campo, en vez de ser centro de apacible descanso, de abrigo y de recreo, conviértese en verdadero potro de tormento.

Y, sin embargo, ¡qué ceguera! las cocinas no se reforman, y los aldeanos, con poca luz, tosiendo y á veces sin poder ni hablar por la nube de humo que les envuelve, se reputan en ellas felices, sobre todo si cerca de aquel hogar de barro, lleno de ajuares y sucio, y rodeado de perros y gatos, tienen la negra hogaza y el jarro lleno de vino. Esto es tan triste como doloroso para nosotros el consagrarlo; pero amamos muy de veras al pueblo rural para tratar de adularle, y tenemos muy en cuenta el adagio: «Quien bien te quiera te hará llorar.»

Como la cocina es malísima, los establos para el ganado suelen ser detestables, no sólo por su pésima construcción, sino también por la completa falta de limpieza que en ellos se nota. Inmediatas, y muchas veces hasta en comunicación con las habitaciones; pequeñas, sin ventilación, sin puertas ni ventanas á la calle, llenas de abono, las cuadras de las aldeas son como depósitos permanentes de gérmenes de insalubridad, que á toda costa es preciso remover y desterrar.

Creednos, sencillos aldeanos. Si, como queda indicado, ya que no pudiérais dar á vuestras casas todas las condiciones que la higiene reclama las construyérais con buenas, claras y espaciosas cocinas y con dormitorios suficientes; si las cuadras para el ganado las aislárais y saneárais, sacando los abonos, ya que no todos los días, con la frecuencia necesaria; si os cuidárais de impedir que en vuestras habitaciones entrasen los rayos del sol en el verano y los ventisqueros en el invierno; si en la una estación las regárais y aireárais, y en la otra, por el contrario, procurárais templarlas con braseros bien encendidos, ya que no tengáis otros medios de calefacción; si desterrárais por completo á las afueras de lugar los muladares ó pudrideros que infestan vuestros corrales; y si, por otra parte, huyendo de la suciedad y el abandono en que vivís, procurárais el aseo diario de vuestras personas y vuestras viviendas; si todo esto, que tan poco es y tan poco cuesta practicárais, no reinarian entre vosotros las fiebres y las enfermedades contagiosas con tanta persistencia; los pará-

sitos, las tiñas y las demás enfermedades de la piel y de la vista que os martirizan y empobrecen desaparecerían de entre vosotros, viviríais con menos zozobras y dolores, y gozaríais del bienestar y la salud que puede dar ese vivificador y puro ambiente que lejos de las grandes capitales respiráis, lleno de cualidades sobresalientes para el organismo.

**

Consignado esto, y teniendo en cuenta que la higiene para ser fecunda ha de ser práctica, ocurre desde luego preguntar: ¿Quién y cómo podrá hacer que se conviertan en hechos las reformas apuntadas? ¿Quién y cómo llevará á las entenebrecidas inteligencias de los aldeanos el rayo de luz que baste á despertarlos de la ignorancia y la indolencia en que vegetan, apegados á la rutina? ¿Qué fuerza podrá mover los brazos que han de dar cima á tan importante y tan benéfica obra?...

Cuando escribimos sobre el arbolado expusimos todo nuestro pensamiento acerca de la manera de ilustrar á la población rural y de moverla hácia las vías de las reformas que para ellas reclaman la justicia y el derecho, la higiene y la moral. Como entonces, decimos ahora que nada mejor ni más fácilmente práctico, á nuestro juicio, que el que las Juntas provinciales de Sanidad y las Sociedades Económicas de Amigos del País, bien abriendo certámenes públicos, bien por sí mismas ó de acuerdo con las autoridades superiores, excogiten la manera de hacer llegar la buena semilla de la higiene hasta los más apartados caseríos.

Instruída la población rural, estimulando el amor propio de los Ayuntamientos y particulares con premios y distinciones honoríficas y pecuniarias, y excitando el ilustrado celo de las personas que, como el párroco, el médico y el maestro ejercen legítima influencia sobre los campesinos, no tardaría en cambiar el aspecto triste y miserable de las aldeas y de sus olvidados moradores, que, siendo los primeros en producir lo más indispensable, son los últimos en cosechar hasta lo más imprescindible.

DR. L. SÁNCHEZ DE CASTRO.

REVISTA

DE CONOCIMIENTOS ÚTILES

Conservación de la leche.— El procedimiento más sencillo y más generalmente empleado, consiste en hacer hervir la leche tanto como pueda resistir; pero este procedimiento no tiene suficiente eficacia, á menos que no se hierba la leche todos los días, lo cual sería muy costoso. En las grandes lecherías del extranjero aprovechan, sin embargo, este recurso en la época de grandes calores, y al efecto establecen el baño maría en grande escala, calentado al vapor, por el que hacen pasar la leche antes de las encerrarla en grandes vasijas de hierro estañado, en cuales la transportan, habiendo otros que envían mucha leche á Inglaterra en botellas bien lacradas, que han estado durante cierto tiempo sumergidas en agua caliente.

Otro procedimiento enteramente contrario á los anteriores, es el que consiste en hacer bajar la temperatura de la leche acabada de ordeñar, ya introduciéndola en agua de pozos ó de manantiales, pero que esté bastante fría, ya empleando considerables cantidades de hielo antes de expedirla, bien sumergiendo un cilindro lleno de hielo en la leche, bien haciendo pasar la leche rápidamente sobre el hielo ó sobre un plano inclinado, formado por una hoja metálica colocada sobre una capa gruesa de hielo. De todas maneras, conviene siempre aprovechar el descenso de temperatura de la noche para transportar la leche en el estío.

También se usa el bicarbonato de sosa para prevenir la pérdida de la leche, cuyo procedimiento tiene muchos detractores, porque dicen que modifica sensiblemente el sabor de la leche y que debe ejercer una acción perjudicial sobre los órganos de la digestión, suposición puramente gratuita y que seguramente toma origen en haber sido engañados algunos lecheros, echando á la leche bicarbonato de potasa en vez de bicarbonato de sosa.

La fórmula más generalmente adoptada para el líquido conservador de la leche es el siguiente:

Bicarbonato de sosa.....	95 gramos.
Agua.....	965 —

de cuyo líquido se disuelve en tiempo de calor un decilitro en 20 litros de leche.

Appert fué el primero que tuvo el pensamiento de concentrar la leche después de añadirle yemas de huevo y envasarla en botellas de hojalata, cerradas herméticamente y calentadas en seguida al baño maría durante algún tiempo, preparando de este modo la leche para los más largos viajes; pero la experiencia ha demostrado que la agitación que produce el transporte provoca la aglomeración parcial de la sustancia grasa, y que entonces la leche,

privada de una parte de sus glóbulos butirosos, toma el aspecto de la leche descremada.

Se han ideado además otros medios para reducir la leche á la forma de tabletas, á pasta azucarada ó á jarabe; pero todos estos medios han presentado en la práctica inconvenientes tales, que ha sido preciso abandonarlos. Hay, sin embargo, uno que ha sido puesto en práctica en grande escala por Martín Signac, que no ofrece ese inconveniente, consistiendo en lo siguiente:

Se toma la leche de buena calidad, se disuelve en azúcar blanca en la proporción de 75 á 80 gramos por litro, y se concentra al vapor en calderas de fondo plano y muy poca profundidad, en las que al espesor de la capa líquida no pase de 1 á 2 centímetros; ésta se agita continuamente con paletas de madera para impedir la formación de una película que tiende á formarse en la superficie.



EL ARQUITECTO PACCIOOTTO

Cuando operando de esa manera se consigue reducir la leche al quinto de su volumen primitivo, se la distribuye en cajas de hojalata de cavidad de un litro ó litro y medio, que se tienen sumergidas en un baño maría, caliente á 105°, por espacio de unos 30 minutos, cerrando antes de retirar las cajas del baño con una gota de soldadura el pequeño agujero que se habrá dejado para la salida del aire.

Para hacer uso de estas conservas se abre la caja, y de la especie de franchipan ó crema espesa que contienen se saca la cantidad que se haya de consumir, se diluye en cinco veces su volumen de agua tibia, y el líquido toma en seguida el aspecto lechoso primitivo y puede soportar la ebullición sin cortarse. Cada caja cuesta 5 pesetas, y como produce 6 litros de leche, resulta que sale el litro á 83½ céntimos, precio nada exagerado. Estas conservas tienen un gran consumo en la Marina.

Mr. Mabru, notable químico francés, dió á conocer en 1875 un ingenioso procedimiento para conservar la leche en su estado natural y con todas sus condiciones, sin concentrarla y sin añadirle ninguna sustancia extraña, cuyo procedimiento consiste en calentar y enfriar en seguida la leche encerrada en botellas metálicas abiertas, aunque puestas al abrigo del aire durante las operaciones de calefacción y enfriamiento.

Huevos artificiales.— Según refiere un periódico, la fabricación de estos huevos ha alcanzado en América gran prosperidad; una sola casa elabora más de mil huevos por hora.

La yema se hace de una pasta que contiene harina de trigo, almidón y otros ingredientes, y la clara con albúmina, cuya composición química es igual á la de los huevos naturales. Con una película de gelatina se forma la envoltura interior, y la cáscara se elabora con un yeso especial y es algo más espesa que la natural.

Hecha la yema en forma de bola, se sumerge en la albúmina y se somete á un movimiento de rotación bastante rápido para darle la forma oval. Después se sumerge en la gelatina y de allí se pasa á la

preparación de yeso; y como éste se seca inmediatamente, el huevo no pierde su forma.

En el sabor, estos huevos se confunden con los naturales; pueden conservarse frescos algunos años, y se rompen con menos facilidad que los naturales.

ADVERTENCIAS

Con motivo de la translación á la nueva imprenta del Asilo del Corazón de Jesús, este número sale con diez días de retraso. Procuraremos que inmediatamente salga el del 15, para que no llegue trasnochado, como el presente, á manos de nuestros amigos.

Llamamos la atención á todos acerca del magnífico trabajo que acerca de San Leandro publicamos hoy, debido á la pluma del insigne escritor Sr. Navarro Villoslada. Aunque retraído éste de la vida activa de las letras, hemos logrado que hiciese este trabajo, que es modelo de crítica histórica y de amena literatura.

Son muchos los suscritores que nos preguntan por el nombre de pila de nuestro querido, ilustradísimo y chispeante colaborador Blas; pero la incomparable modestia del discretísimo escritor nos opone tal resistencia á que descubramos su nombre, que por temor de disgustarle estamos resueltos á darle gusto. Básteles á los suscritores el que tienen en leer sus escritos.

Desde el año de 1877, en que comenzó á publicarse LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA, no ha dejado de mejorar, hasta el punto de que, comparados los números actuales con los primeros, acusan, como ahora se dice, un adelanto sorprendente. Los precios de suscripción, sin embargo, no han variado.

No es nuestro ánimo, al menos por ahora, alterarlos; pero son tantos los perjuicios que se nos ocasionan con la morosidad y descuido de algunos corresponsales, que, siguiendo la práctica de todos los demás periódicos, hemos creído de equidad el subir los precios de las suscripciones hechas en casa de los corresponsales para subsanar en alguna parte los perjuicios que se nos irrogan. Bastará decir que abonamos el 25 por 100 á los corresponsales; de modo que de 60 reales vienen á quedar para nosotros 45. Agréguese á esto que algunos pagan mal y que la mayoría nos cuestan muchas cartas, y resultará que á veces nos son gravosas y cuestan dinero las suscripciones de los corresponsales.

Desde esta fecha, las suscripciones hechas en casa de los corresponsales costarán: por un año, 68 reales; por seis meses, 34 reales; y por trimestre, 18 reales.

Quedan los mismos precios antiguos para los corresponsales de Ultramar.



Doña Dolores Rodríguez y González, viuda de Burgos y madre del dignísimo Sr. Arcediano de Málaga, ha fallecido. Rogamos á nuestros lectores que la encomienden á Dios Nuestro Señor.

R. I. P.

Madrid.— Tipografía del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús calle de Juan Bravo, núm. 5 (barrio de Salamanca).